

CAPITULO I

El médico la miró fijamente a la cara, ella reflejaba en su rostro una gran preocupación, ansiaba tener un hijo y ya había sufrido anteriormente un aborto, pero aquel líquido expulsado de sus entrañas esa mañana hacía presagiar lo peor. Estaba asustada, ¿no podía volverle a pasar!, ¿no!... rogaba en silencio.

-Es una amenaza de aborto, te haré un volante. Debes ir inmediatamente al hospital.- Diagnosticó el doctor con tono serio.

La enfermera la intentó tranquilizar, y le habló con voz calmada.

-No te preocupes a lo mejor no es nada, y en el hospital consiguen sujetar al bebé.

Brotaron de sus ojos unas tímidas lágrimas, que recorrieron su pálida mejilla. Se agolparon en su mente multitud de tristes

recuerdos que hacía apenas un año había vivido. La escena se repetía, ella en la cama a las siete de la mañana, las sábanas caladas por un líquido transparente, y el médico emitía el mismo diagnóstico...”amenaza de aborto”.

-¿Por qué?, ¿por qué?, otra vez ¿qué he hecho mal?, me he cuidado todo lo que he podido....-Clamó desconsolada, sin recibir respuesta, pues no la había.

Todos la miraron con rostros serios y preocupados, y su marido la asió entre sus brazos, intentando calmarla pues en su estado no le convenía estresarse.

-Tranquila Nuria, esta vez todo va a salir bien, ya lo verás.-
Le susurró al oído.

Tras despedir al doctor, Diego se dispuso a preparar rápidamente lo necesario para ir al hospital, estaba nervioso y no encontraba nada, cogió del armario lo primero que encontró, un camisón, una muda, el neceser..., pensó que seguramente la ingresarían.

No había tiempo que perder, y el hospital se encontraba a algo más de una hora en coche, sin pensarlo se puso en camino.

Pepa que así se llamaba la madre de Nuria les acompañó, en ese estado su hija necesitaba mucho apoyo. El viaje transcurrió en silencio, no afloró ninguna palabra de sus bocas, pero sus mentes silenciosas presagiaban lo peor, lo cual se reflejaba en sus rostros compungidos y taciturnos.

En la sala de urgencias del hospital todo era un ir y venir de enfermeras, enfermeros, celadores, médicos..., pasaban a toda prisa de un lado a otro. Rápidamente se hicieron cargo de Esperanza dado el estado en el que se encontraba y se la llevaron en camilla a una sala donde no dejaron pasar a ningún acompañante. Diego y Pepa se quedaron en la sala de espera con el corazón palpitante y las manos sudorosas.

Apenas tuvieron que esperar media hora cuando la doble puerta abatible se abrió y apareció una joven doctora que les hizo soltar toda la tensión acumulada dejando escapar un hondo suspiro, al comunicarles que la paciente se encontraba en perfecto estado, al igual que el bebé.

-Debemos ingresarla, porque ha sufrido pérdida del líquido amniótico al habersele perforado la bolsa que envuelve al feto,

con el consiguiente riesgo de infección para la madre..., por lo que debe ser tratada con antibióticos y permanecer en observación, ya que en cualquier momento podría ponerse de parto.-Informó la doctora.

-Pero, no puede ser, no puede ponerse de parto, el bebé moriría, sólo tiene veintidós semanas de gestación.- Dijo Diego exaltado, y nervioso.

-Deberá guardar absoluto reposo, porque puede seguir perdiendo líquido amniótico. Es lo único que se puede hacer.- Apuntó con tono de preocupación la doctora.

-¿Cabe la posibilidad de que la grieta se cierre?.- Preguntó Pepa con inquietud.

-No se sabe, puede que sí, trataremos de que así sea, y así pueda volver a regenerarse el líquido perdido.- Contestó con voz suave y calmada, intentando consolarles.- Les aseguro que haremos todo lo que esté en nuestras manos para que así sea. Animó la doctora, y se retiró.

Se miraron Diego y Pepa, sin saber que decir, pues todo eran dudas y una gran incertidumbre. ¿Qué pasaría con la criatura?.

Al momento salió Nuria tumbada en la camilla, la cual era empujada por un celador, al verla Diego se dirigió a ella inclinándose ligeramente para abrazarla, fundiéndose en un intenso abrazo.

-¿Qué va a pasar Diego?. Otra vez no. -Susurró entre lágrimas Esperanza.

-Tú tranquila, será lo que Dios quiera, si la criatura tiene que vivir vivirá, seguro que sí, yo tengo ese presentimiento hija. -Le dijo Pepa mientras le daba un beso en la mejilla y le pasaba su mano suavemente por el triste rostro.

El celador carraspeó para hacerse notar.

-Debo llevarla a planta, si me permiten...

-¿A qué habitación?. Preguntó Diego.

-Sígueme, y les indico.

Pepa y Diego siguieron al celador por los pasillos del hospital sin mediar palabra, cabizbajos, absortos en su diálogo interno.

-Aquí es.-Señaló el celador, mientras intentaba introducir la camilla por la estrecha puerta de la habitación.

Colocó la camilla junto a la ventana, dejando hueco para otra, estaban solos, pero muy pronto el hueco que quedaba fue ocupado por una recién mamá, que llegó tumbada en la camilla con un pequeño retoño entre sus brazos. Llegaron con ella los que deberían ser sus familiares más cercanos, un joven moreno de complexión fuerte, no muy alto, debía ser el padre de la criatura, y una señora de unos sesenta y cinco años, bastante gruesa, lo que le restaba movilidad, ella debía ser sin duda, la abuela. Al momento apareció plantado en medio de la puerta un enorme ramo de rosas rojas, del que se prolongaban hacia abajo unas piernas, accedió a la habitación y se descubrió quién era el verdadero dueño de esas piernas, era el repartidor de la floristería.

-Por favor, la Sra. Gómez.- Preguntó mirando a los allí presentes.

-Yo.- Contestó con una sonrisa de oreja a oreja, la recién llegada.-¿Es para mí?-Exclamó emocionada, a la vez que se lo dejaban en la mesilla.

Ella se incorporó trabajosamente para olerlas, mientras que el repartidor una vez liberado de la carga se dio media vuelta con la rapidez que les caracteriza, emitiendo un sonido que parecía decir “hasta luego”. Se dirigió a la puerta y desapareció.

Allí quedaron las dos mujeres tumbadas en sus camillas, y sus familiares.

Nuria observaba con rostro triste la escena de alegría que se representaba ante sus cristalinos ojos. Ella tenía el ánimo por los suelos, no sabía lo que pasaría con su pequeña, a la que tanto deseaba conocer, mimar, besar, abrazar...

Aún existía un halo de esperanza, porque la sentía viva en su vientre, estaba allí con ella, lo que le hacía mantenerse fuerte y luchar.

Una vez que la compañera había observado con detalle sus rosas, y el niño estaba tranquilo, se percataron que no estaban solos en la habitación, pues allí había tres personas desconocidas que ofrecían una sonrisa forzada.

-Buenos días, y perdonen que no les hallamos saludado, con toda la emoción de los acontecimientos ni nos hemos dado cuenta.-Se disculpó la señora mayor.

-Buenos días, contestaron los tres.-Forzando un poco más la sonrisa.

-¿Qué ha tenido niño o niña?.-Preguntó Pepa

-Niño.-Contestó con alegría la mamá.

-Enhorabuena...,y que se críe con salud.

-Gracias, eso es lo que hace falta.- Contestó la señora mayor.

-¿Ya ha salido de cuentas?.-Preguntó la señora, refiriéndose a Nuria.

-No, le quedan aún cuatro meses, pero se le ha perforado la bolsa que envuelve al feto y pierde el líquido amniótico. -Aclaró Diego.

-Cuanto lo siento- Lamentó la joven.- No te preocupes seguro que todo sale bien, yo se de un caso parecido, y la bolsa se cerró.- Añadió intentando consolar a Nuria, a la cual se le escapaban algunas sigilosas lágrimas, que denotaban su profunda preocupación, pues su hijita se debatía entre la vida y la muerte y

ella no podía hacer nada, simplemente reposo, esperar, rezar y... confiar en Dios.

Pasaron el día en un constante ir y venir de médicos y enfermeras, y al atardecer se quedó Diego para hacerle compañía durante la noche, pues esta se presentaba larga y tensa.

A los dos días de estar en el hospital, le dieron el alta a la joven compañera, quedando solos Diego y Nuria, reinando una gran tranquilidad en el ambiente. Pues hasta ese momento la habitación se asemejaba a una aduana, por el continuo trasiego de gente con regalos para el recién nacido, y flores, muchas flores, a las que ya no encontraban hueco en la habitación para dejarlas.

Se producía un auténtico contraste y antagonismo en los rostros de las personas que visitaban la habitación 210, unos llegaban envueltos en risas y efusivos abrazos, canturreos al niño, sonoros besos... Pero a un paso de distancia los rostros reflejaban resignación, tristeza contenida por la duda de los futuros acontecimientos, palabras de ánimo, que siempre vienen bien pero que no acaban con el ahogo interno que aprieta sin piedad.

Nuria buscaba respuestas, pero no hallaba ninguna que le diera seguridad, y poder terminar con esa incertidumbre que le corroía el alma.

Solo cabe esperar, solo cabe esperar..., la frase retumbaba sin cesar en su cabeza, una y otra vez, como el eco producido por el sonido cuando choca contra una lejana pared. Era la respuesta más desesperante, pero también albergaba un resquicio de esperanza, pues la pequeña criatura seguía viva en su vientre, luchando por ganarse un lugar en el mundo, sin duda quería vivir, Nuria lo presentía.

-Si aguantara unos días, esta niña vivirá, lo presiento...-

Afirmaba convencida Nuria.

Estaba claro para ella, la niña viviría si lograba mantenerse en su tripa al menos hasta la semana veinticuatro de gestación, ¿pero lo lograría?...

Cada día que pasaba perdía más y más líquido, por desgracia las pruebas que le hacían daban como resultado que el preciado elemento no se regeneraba, por lo que el seno materno se quedaría totalmente seco de seguir así.

Nuria hacía todo lo posible para que eso no ocurriese, y por ello no movía ni un solo músculo, ella lo podía soportar gracias a la paciencia y tranquilidad que la caracterizaba, pues eran rasgos de su carácter innatos en ella, sin duda Dios le había dotado de una gran paciencia, y se hacía realidad el refrán que dice, “Dios da el mal, pero también la medicina”, ya que Nuria sobrellevaba muy bien esa dura prueba, con serenidad, calma... y sobre todo una justa dosis de optimismo que hacía honor a su nombre.

Cuando Nuria y Diego apenas se habían acostumbrado a la tranquilidad que reinaba en la habitación, ante la ausencia de los pletóricos compañeros, los cuales se habían ido felices con su bebé hacía unas horas, en plena madrugada se abrió la puerta dejando entrar un insolente golpe de luz al abrirse impetuosamente, y unas voces susurrantes despertaron a Diego que dormitaba como podía en el incómodo sillón del que disponen los acompañantes, siendo para algunos una verdadera tortura pasar la noche en él, y optan por tumbarse en el suelo. Nuria también escuchó el traqueteo y abrió como pudo los

somnolientos ojos y vio a una joven pareja que revoloteaban por la habitación con el mayor sigilo que les era posible.

-Perdonar las molestias.- Se disculpó susurrando el joven mientras acomodaba sus pertenencias en el armario.

-No os preocupéis, no pasa nada.- Contestaron Diego y Nuria, con voz sigilosa. Pues a esas horas el hospital duerme, reinando en el ambiente un gran silencio y cualquier sonido se propaga por los largos pasillos como la pólvora.

La noche siguió su curso sin novedad una vez que se acoplaron en la habitación los recién llegados. Pero a Diego le costó caer en los brazos de Morfeo nuevamente, y la penumbra se le hizo eterna.

Al amanecer volvió la actividad, se escuchaban los rápidos pasos de las enfermeras cruzando el pasillo, el toque en las puertas, abrir, cerrar... Poco a poco el hospital se iba desperezando.

-¡Buenos días!.- Saludó con energía la enfermera al abrir la puerta de la habitación, a la vez que agitaba el termómetro.

Todos se removieron con lentitud saliendo del letargo en el que les sumió la larga noche.

-Buenos días.- Fueron contestando.

La enfermera se dirigió a Nuria le puso el termómetro como todas las mañanas, le miró el gotero, dio media vuelta con energía y desapareció como una exhalación por la puerta, volviendo casi al instante con la misma energía o más, parecía faltarle tiempo para realizar todas sus tareas, le retiró el termómetro.

-Treinta y seis y medio, de temperatura.- Informó a la vez que miraba el termómetro, y volvió a desaparecer por la puerta.

Todo parecía ir bien hasta el momento, ya habían pasado tres días desde su ingreso y el bebé no daba muestras de querer salir, no había dolores, aunque iba perdiendo líquido poco a poco, pero por suerte cada día que pasaba era un día ganado, para lograr la supervivencia de la pequeña criatura.

Esperanza, en silencio, le pedía fervorosamente a Dios que la niña aguantase más y más en su vientre, pues no podía nacer aún, porque ese cuerpecito tierno y delicado no estaba preparado para resistir la crudeza de la vida exterior, sería mortal para la pequeña que apenas había comenzado a vivir, y carecía de los principales órganos vitales para subsistir.

CAPITULO II

Todo transcurría sin novedad, ya habían pasado seis días desde que ingresara. Diego y Nuria habían entablado una muy buena relación con sus nuevos compañeros de habitación, habían conversado largo y tendido, manteniendo entretenidas charlas, y así la larga y tediosa estancia en un habitáculo tan reducido como es la habitación de un hospital, se hace más amena y distendida, incluso en más de una ocasión se han forjado grandes amistades de por vida.

La compañera se llamaba Gloria, era muy joven, de larga melena rubia, y de compleción fuerte, muy simpática y agradable, al igual que el marido.

El ingreso de Gloria fue debido a sus continuos vómitos desde que se quedó embarazada hacía apenas tres meses, y alimento que ingería, alimento que salía nuevamente de su

cuerpo, pero ya se le iba sentando el estómago, e iba admitiendo alimentos.

Esperanza les contó su motivo, el cual desde luego era más complicado y ocasionaba una gran tensión ante la terrible incertidumbre, ¿nacería el bebé, o aguantaría?, y si nacía ¿viviría o moriría?, y si vivía ¿tendría graves secuelas?. Esa angustia se veía un poco mermada con la visita de familiares y amigos, que daban ánimos, contaban cotilleos, le gastaban bromas..., eso le daba ánimo para no perder la serenidad, y las ganas de seguir luchando.

La mañana del sexto día, como todas, pasó el médico a la habitación para la visita diaria, y esta vez llevaba malas noticias, se reflejaba en su rostro.

-Buenos días.- Saludó amablemente el doctor.- ¿Cómo se encuentra hoy?.- Continuó preguntando.

-Bien, un poco incómoda porque me duele todo al no poder moverme prácticamente nada.- Contestó Nuria con tono de resignación.

-Lógico, lo comprendo, pero debe aguantar, no hay otra solución.- Le indicó el doctor asintiendo con la cabeza.- Ya tenemos los resultados de las últimas pruebas.- Continuó diciendo.- Vemos claramente que usted está en perfecto estado de salud, el bebé también se encuentra bien, pero la bolsa que lo protege ha perdido prácticamente todo el líquido amniótico, lo que quiere decir...-Se detuvo y respiró profundamente, a la vez que a Nuria le empezaban a brotar unas tímidas lágrimas.

-¡No, no! No me diga que perderé a mi bebé.- Le cortó desesperada, su rostro estaba pálido, y su respiración agitada.

-Tranquila mujer.- Le dijo el doctor intentando calmarla.

-Tranquila Nuria, tranquila...- La consolaba Luis a la vez que le agarraba fuertemente la mano.- Escucha lo que nos tiene que decir el doctor.

-Esta situación es bastante delicada, porque al quedarse la bolsa sin líquido, en cualquier momento puede ponerse de parto, y creo que no va a pasar mucho tiempo para que eso ocurra.

-Pero el bebé sin líquido... ¿puede vivir?.- Preguntó desesperada Nuria.

-Sí, puede aguantar por lo menos una semana.

-¿Qué se puede hacer?.- Preguntó Diego con rostro desconsolado.

-Nada, sólo esperar a que el bebé quiera salir, y a partir de ahí veremos lo que se puede hacer.

El bebé nacería con veintitrés semanas y media de gestación, y el hospital solamente disponía de medios para atender a bebés con treinta semanas o más, lo que significaba que las posibilidades de que pudiera sobrevivir la pequeña eran ínfimas.

El fatídico destino complicaba más y más las cosas, al diminuto corazón que latía en el vientre de Nuria se le presentaba una dura prueba de supervivencia, donde todo hacía pensar en lo peor.

Diego ante esta situación comenzó a indagar alternativas, su hija viviría, tenía que vivir, y haría todo lo que estuviera en su mano, por lo que debía cambiar a su mujer de hospital, llevarla a uno en el que si dispusieran de medios para atender a su pequeña. Aunque los médicos le aseguraron que no la acogerían en ningún

hospital, pues era muy, muy prematura, y la mejor opción sería la interrupción de ese embarazo, porque aunque lograra sobrevivir, algo poco probable, sufriría graves secuelas.

Diego y Nuria se encontraban aturcidos, pero tenían una cosa muy clara, lucharían por su hija, su pequeña viviría, a pesar de los diagnósticos catastrofistas de los doctores. Nuria estaba segura de que su hija lo lograría, lo intuía. No había tiempo que perder, en cualquier momento se pondría de parto, pues la bolsa estaba seca, aunque el feto podía vivir sin el líquido amniótico una semana más o menos, si en ese plazo no lo expulsaba, deberían practicarle la cesárea.

Se presentaba todo un reto, toda una decisión crucial para Nuria, luchar por la pequeña vida que palpitaba en su vientre ajena a lo que estaba pasando, o tiraba la toalla, porque todo sería en vano.

Pero en realidad ni por un solo momento se planteó acabar deliberadamente con la vida que ella misma había engendrado, su conciencia no le permitía cometer lo que para ella era un verdadero crimen, matar a su propia hija.

Esta dura situación le producía a Esperanza un estado de ansiedad que le mordía el estómago como un perro rabioso, porque las palabras que le dijo la ginecóloga retumbaban en su cabeza sin piedad, “si logra sobrevivir tendrá graves secuelas”.

Esperanza se aferraba más a Dios y rezaba con todas sus fuerzas pidiendo que su hija naciera sana y fuerte, en algún momento llegaron a flaquear sus fuerzas y ganas de luchar porque los doctores le dibujaban todo más oscuro que una noche sin luna.

En el reposo absoluto al que estaba condenada, su mente no paraba de dar vueltas al mismo tema, y se sentía cada vez más y más agobiada, ¿qué sería de su pequeña si lograra sobrevivir?, ¿podría llevar una vida normal?, ¿merecía la pena seguir adelante?, pero todas sus preguntas terminaban en la misma respuesta. No podía terminar con la vida de su pequeña, correría el riesgo, porque en realidad no podían confirmarle que sufriría secuelas invalidantes, por lo que siempre podría obrarse el milagro, y Dios tendría la última palabra, Nuria confiaba plenamente en la bondad y misericordia de Dios, así su profunda

y arraigada fe, fueron determinantes para seguir adelante con la dura decisión.

También tenía el apoyo de su esposo, el fuerte pilar en el que ella se apoyaba, porque él siempre presentaba gran entereza, pues no podía permitir que Nuria se hundiera.

-No estás sola, yo te apoyaré en la decisión que tomes, y afrontaremos juntos lo que venga, por nuestra hija yo haré lo que haga falta.- Le repetía constantemente, porque a ella le reconfortaba oír esas palabras.

Aunque suya era la decisión, necesitaba saber que opinaba su madre, la cual le decía sin la menor duda que no podía cometer ese crimen atroz, porque si la niña vive es voluntad de Dios, y será lo que Él quiera. Las firmes creencias religiosas no le dejaban lugar a la duda en su conciencia.

A Pepa le preocupaba su hija, porque en esa situación corría riesgo de sufrir una infección y para ella lo primero era su hija, y en la más absoluta intimidad le rogaba a Dios que no le pasara nada a Nuria.

En realidad toda la familia estaba tensa e intranquila, pues la situación era complicada, pero la decisión estaba tomada, aguantaría hasta que la criatura decidiese salir al mundo.

Mientras, Diego no podía perder el tiempo y acudió a amistades influyentes para conseguir el traslado a un hospital en el que pudieran atender a su bebé en caso de nacer, a pesar de que los médicos les habían afirmado que en ningún hospital acogerían un bebé tan prematuro. Pero en el transcurso de los últimos días de ingreso en el hospital, algunos les habían contado casos parecidos de nacimientos muy prematuros y que se habían convertido ahora en niños sanos y con ganas de vivir.

No comprendían esa actitud tan negativa por parte de los doctores, pero ellos seguirían intentándolo.

Por fin Diego consiguió un lugar en el Hospital Gregorio Marañón de Madrid, por mediación de un pediatra de prestigio, el cual les confirmó que la niña podría vivir pero que era de vital importancia que aguantara lo máximo posible en el vientre.

-Cada día que pase es un mundo para la pequeña.- Afirmó el pediatra.

Pero el fatídico destino les ponía otra dura prueba, pues no se podría trasladar a Nuria hasta pasados cuatro días, ya que hasta entonces no había incubadora disponible. Esta última condición incrementó la angustia que permanecía latente desde que Nuria manchara la cama.

-¿Y si nace mañana o pasado, qué va a pasar?-. Sollozaba desesperada la angustiada madre, este último varapalo le superaba las fuerzas que le quedaban.

-¡Mi hijita tiene que vivir, no puede morir!-. Gritó desesperada Nuria, rompiendo en un crudo llanto, que fue serenando poco a poco gracias al abrazo con el que la arropó Diego.

-Calma, calma, la pequeña vivirá, hazme caso.- Le susurró al oído.

El día fue intenso, y Diego no pudo comer, el apetito le había desaparecido, sólo pensaba en la criatura que albergaba en su vientre y lo acariciaba suavemente a la vez que decía.

-Tranquila pequeña, mamá no te abandonará.

Pronto llegó la noche sin novedad, lo que logró relajarla un poco, permitiéndole cenar algo, y poco a poco fue sumergiéndose en el dulce letargo al compás del susurro del viento, mientras Diego la contemplaba desde su sillón con rostro sereno y calmado. Ya había pasado otro día más.

La luz del alba jugueteaba al amanecer haciendo cosquillas en los ojos adormecidos de los moradores de la habitación doscientos diez, comenzaba un nuevo día, ya había transcurrido otra noche sin novedad.

Los ánimos estaban calmados, y Nuria se encontraba bien, aunque Diego tenía el cuerpo dolorido, por la tensión acumulada de siete días con sus correspondientes largas e incómodas noches intentando dormir en el aparato de tortura, ¡el sillón!

-¿Qué tal has pasado la noche?-. Le preguntó Gloria a Nuria nada más abrir los ojos.

-Bien.- Respondió a la vez que se desperezaba un poco.

-Quería decirte lo mucho que te admiro.

-¿Por qué?-. Pregunto sorprendida.

-Por tu coraje como madre, estás demostrando un gran valor y decisión.

Quedaron en silencio por unos momentos, meditando sus palabras. Gloria se levantó de la cama para ir a asearse y puntual como un reloj suizo hizo entrada en la habitación la enfermera termómetro en mano como todos los días.

-¡Buenos días!.¿Qué tal estás hoy?-.Entró diciendo con energía y buen humor.

En ese mismo instante notó Nuria que un agudo dolor le asaltaba, fue como una punzada en el vientre, breve pero le hizo retorcerse y gemir. La enfermera rápidamente avisó al doctor el cuál no tardó en llegar, pero por suerte todo había pasado.

-Ha sido una contracción. Esto no apunta bien, la criatura da indicios de querer salir.

-¿No se puede hacer nada para que no se ponga de parto?-. Preguntó Luis asustado.

-No, porque el bebé está sin líquido amniótico.

-La suerte está echada.-Suspiró Nuria, mostrando resignación y entereza.-Todo está en manos de Dios y será lo que Él quiera.

Durante todo el día, Nuria estaba nerviosa, no quería ni respirar, por si el movimiento de inspiración-expiración provocaba el parto, y ante cualquier sensación de alarma la tensión era inevitable, quería mantener la calma pero le era imposible.

Por la tarde recibió una grata visita de su familia, que siempre le reconfortaba, y la relajó bastante, con los cotilleos de cosas que habían ocurrido en el pueblo, anécdotas...eso la entretenía y por momentos le hacía olvidar y sonreír, abriendo un pequeño paréntesis en los largos y tediosos días que estaba sufriendo.

Todo transcurrió sin novedad, cuando iba anocheciendo su familia se marchó a muy pesar suyo, y volvió a quedar en la habitación doscientos diez junto a sus compañeros que por suerte eran una grata compañía.

A las dos de la madrugada todos salieron inesperadamente del ligero letargo en el que se encontraban, provocado por un fuerte gemido de dolor, Nuria no pudo aguantar la fuerte punzada, la cual esta vez era más intensa y dolorosa.

-¿Estás bien?-. Le preguntó Diego a la vez que se levantaba del sillón de un salto.

-Si, si, ya pasó todo, ya paso...-Dijo respirando profundamente, agarrando la mano de Diego, tan fuerte que parecía querer estrujársela.-Esto no me gusta nada, el bebé quiere nacer, no creo que aguante dos días más para poder trasladarnos de hospital, algo me dice que nacerá aquí.-Continuó diciendo con tono de resignación.

Diego se dejó caer en el sillón desconsolado, era la primera vez que parecía hundirse. No quedaba otra opción, sólo aceptar lo que el destino les tuviese preparado, y rezar...

La noche transcurrió lenta, en silencio, ninguno era capaz de conciliar el sueño.

Cuando amaneció, Nuria respiró un poco más tranquila, pues los dolores no se habían vuelto a repetir, lo que daba un

pequeño margen de confianza. El día igualmente transcurrió sin sobresaltos, pero había que afrontar otra larga noche...

CAPITULO III

La noche llegó sin novedad, y Nuria cenó algo más tranquila el puré de verdura y la pescadilla rebozada que le llevó la enfermera, siendo el mismo menú que le sirvieron a su compañera Gloria que ya podía ingerir comida sólida, por fin le pudieron quitar el suero, pues los vómitos habían remitido. Una vez que habían cenado y los maridos llegaron del restaurante, se pusieron a charlar largo y tendido, y uno de los temas que abordaron fue el nombre que le pondrían a la criatura, en ese instante Nuria y Diego se miraron y se dieron cuenta de que ni se lo habían planteado. Estaban tan preocupados por todos los acontecimientos que se les iban presentando, que esa era una cuestión de la que ni

se habían acordado, aunque en realidad tal y como estaba transcurriendo todo, eso daba igual, cualquier nombre estaría bien. Aunque alguna vez en casa lo habían comentado, pero sin concretar nada, podría ser Lucía, Paloma, Sara.

Cuando la enfermera tocó la puerta para ofrecer un vaso de leche o una infusión, como todas las noches a las doce, se sorprendieron de lo rápido que había pasado el tiempo charlando. Nuria se tomó el vaso de leche y Gloria no quiso nada y se dispusieron a dormir, pues el cansancio era patente sobre todo en Luis y Esperanza.

Todo quedó en calma, la noche era serena y por la ventana se asomaba curiosa un gran luna llena, Nuria la miraba en silencio y parecía verla sonreír, ella imaginaba que le decía, “tranquila Nuria, todo va a salir bien” y poco a poco fue sucumbiendo al dulce abrazo de Morfeo, ya todos dormían y la luna les velaba el sueño.

-¡Aaaaah!-. Gritó Nuria, retorciéndose de dolor.

-¿Qué, qué...?-. Preguntaba Diego azorado y aturdido, a la vez que saltaba del sillón.

-¡Esta vez el dolor es más intenso, llama a la enfermera, corre!-. Aulló Nuria.

Los compañeros estaban inquietos, no sabían qué hacer, y Gloria optó por agarrar la mano de Nuria fuertemente.

Poco a poco fue calmándose, el dolor pasó, tal vez sería una falsa alarma como las veces anteriores, al menos eso le pedía a Dios con todas sus fuerzas. La criatura era muy, muy pequeña e inmadura sólo contaba con veintitrés semanas y media de gestación, apenas le había engordado un poco la tripa, era imperceptible prácticamente el embarazo.

No se había repuesto cuando volvió a retorcerse de dolor nuevamente, estrujando las sábanas con sus manos, a la vez que brotaban lágrimas de sus temerosos ojos. La suerte estaba echada, no había marcha atrás el bebé pedía paso, quería salir...

Entre dolor y dolor a Nuria y a Diego no le quedaba tiempo ni de pensar, sólo de intentar coger fuerzas para aguantar el duro parto que se presentaba.

Al momento llegaron dos enfermeras y un médico, el cual ordenó el traslado urgente al paritorio. Los dolores eran cada vez

más intensos y frecuentes, no cabía lugar a dudas, la pequeña criatura nacería esa misma noche, ya no había vuelta atrás, solamente restaba cruzar los dedos y rogar a Dios que todo saliera bien.

Diego asió de la mano fuertemente a Nuria, se miraron a los ojos y sin mediar palabra se comprendieron, juntos afrontarían el destino, era su hija la que estaba en camino.

Mientras se llevaban en la camilla a su esposa, Diego se dio cuenta que la medalla de la “Virgen del Buen Parto” que le regaló en una de las visitas una prima de la madre de Esperanza, se la dejaba olvidada encima de la mesilla auxiliar, fue corriendo a entregársela, Nuria al verla la cogió y la apretó contra su pecho y se serenó.

Llegaron al paritorio, era la una de la madrugada, el hospital dormía y Nuriaa se retorció de dolor y desesperación, le prohibieron la entrada a su marido, por lo que debería afrontar esta dura prueba sola... Estuvieron en el parto, dos ginecólogos, un pediatra, una matrona, y varias enfermeras, porque era un parto de alto riesgo.

Tenían un claro reto y todos sus esfuerzos serían dirigidos a conseguir que la niña naciera viva y sin sufrir daño alguno, algo muy complicado al ser un bebé tan inmaduro y frágil.

Nuria creía morir cuando le ensacharon con los forces y le rajaron el pubis, era algo insoportable, inhumano.

-¡Por favor, dejadme!.- Suplicaba a todo pulmón desesperada.- ¡Qué me mueroooo!, ¡qué me muero!-. Gritaba continuamente.

Pero los médicos continuaban impasibles, abstraídos en su objetivo, traer con vida a esa pequeña criatura que ya se asomaba al mundo a pesar de los gritos desgarradores que ella emitía entre llantos y suspiros.

El dolor era intenso, se trataba de un parto seco, pues la bolsa que envuelve al feto llevaba varios días sin una gota de líquido amniótico, por lo que el bebé no se deslizaba hacia abajo, sino hacia arriba, uno de los doctores se vio obligado a subirse encima de ella para conseguir que la criatura bajara.

Nuria no dejaba de suplicar, no aguantaba más ese dolor insoportable, a pesar de haberle sido administrada una pequeña

dosis de anestesia epidural, en dosis tan escasa para no dañar al feto que apenas apreció su efecto.

Diego se encontraba sólo en la sala contigua, no veía nada, solamente escuchaba los gritos suplicantes esposa. Los nervios le comían vivo, no podía hacer nada. Daba vueltas y vueltas sin parar como una peonza, se frotaba las manos, se sentaba, se levantaba, quería asomarse al paritorio, pero no era posible, “¿saldría todo bien?”, pensaba en silencio y suplicaba que fuera así con toda la fuerza de su corazón.

Una vez que lograron ensanchar el útero lo suficiente para que la niña no sufriera, asomó por fin la frágil y diminuta cabecita, era del tamaño de una pequeña mandarina, y rápidamente el cuerpecito salió despedido tras ella. Al fin pasó todo, le pusieron el minúsculo ser sobre su regazo unos segundos y se lo llevaron, quedando Nuria exhausta del terrible esfuerzo y desconcertada, pues no sabía qué pasaría con su pequeña. Pero su corazón palpitaba alegre, ¡estaba viva!, todo había salido bien..., pero la terrible pregunta seguían latente ¿sobrevivirá?. Todo era muy confuso, multitud de sensaciones se agolpaban en su pecho,

alegría, tristeza, dolor, llanto, angustia, gozo... mezclado con grandes dosis de agotamiento.

La trasladaron a otra sala, para que pudiera recuperarse, al salir estaba Diego esperando impaciente, al verla emitió un profundo suspiro de alivio, descargando toda la tensión que había acumulado, la agarró de la mano fuertemente y la besó en la frente.

-Se llamará Gloria.- Le dijo Nuria.

-Como tu quieras, te lo has ganado, has sido muy valiente -. Le decía mientras el celador empujaba la camilla hasta llegar a la sala de recuperación. Diego regresó a la habitación cabizbajo, pues aunque todo había salido bien, la incertidumbre del futuro más inmediato le golpeaba fuertemente en el alma, no podía hacer nada, sólo esperar.

Estaban despiertos sus amables compañeros, cuando él apareció por la puerta de la habitación 210.

-¿Qué tal todo?-. El sonido brotó de sus gargantas al unísono, con tono de impaciencia y preocupación.

-Bien, gracias.- Contestó mientras se dejaba caer en el sillón.- La niña está bien, y la madre también, ha sido un parto muy, muy complicado y doloroso, pero Gracias a Dios todo ha salido bien.

-¿Has podido ver al bebé?-. Preguntó el compañero.

- No, aún no. Se la llevaron nada más nacer, la pobrecita necesitaba oxígeno.

Los nervios de Diego se dejaban ver. Gloria y su esposo no quisieron agobiarle con más preguntas y callaron, Diego debía descansar, se le veía agotado. Se acomodó en el sillón mirando hacia la ventana por donde la Luna parecía sonreírle, y dejó pasar el tiempo.

Habían pasado dos horas desde que se produjera el parto y no sabía nada de su bebé, qué estaría pasando, mientras reflexionaba llegó una enfermera y le condujo hasta su pequeña, por fin la conoció, los médicos le permitieron cogerla, y con mucho cuidado así lo hizo, estaba envuelta en una suave mantita, que dejaba asomar una minúscula cabecita con un incipiente pelo negro. Mientras Diego la observaba con el corazón palpitante de

emoción, el doctor le informaba que la niña estaba bien pues todas las pruebas así lo confirmaban, y debía ser trasladada inmediatamente en helicóptero al hospital de Albacete. Apenas había sentido el pequeño cuerpo entre sus brazos, se la reclamaron debían llevársela inmediatamente. Se le acercó una de las enfermeras y le dijo que le habían puesto de nombre María, y que había sido bautizada por ellas como se hace en casos de peligro de muerte.

Quedó al momento sólo otra vez, con una sensación agri dulce, era una situación confusa, impredecible, cargada de grandes dosis de incertidumbre... Pues cuando nace un niño inmediatamente lo dejan con la madre, y los padres pueden acariciarlo, observarlo, mimarlo... pero en este caso era distinto, todo eran nervios, tensión, mezclado con una rara sensación de emoción, pues la niña quería vivir, luchaba por vivir.

Regresó a la habitación 210, y allí estaba ya Nuria, con lágrimas contenidas en los ojos.

-¿Cómo está, la has visto?-. Preguntó con tono sereno y tranquilo.

-Sí, la he visto, y está bien.- Se la han llevado ahora mismo para Albacete.

-Gracias a Dios.- Suspiró de alivio.- ¿Qué va a pasar Diego, qué va a pasar?-. Continuó preguntando, implorando una respuesta que nadie podría dársela, pero que necesitaba para poder dar un poco de serenidad a su espíritu atormentado.

Luis quedó en silencio, mientras le daba un beso en la el cual la calmó un poco.

-Tranquila Nuria.- Le dijo Gloria.- Tu hija está sana y es fuerte, ya te lo han dicho los médicos, ten fe.

-No me quedan fuerzas, ni para tener fe, me supera esta situación.

-Pues debes seguir luchando por ella, debes ser fuerte como lo has sido hasta ahora, tu hija te necesita ahora más que nunca.-Le dijo con firmeza.

Aquellas palabras inyectaron una pequeña dosis de ánimo, dándole aliento para seguir hacia delante.

La noche continuó su curso, ajena a lo que allí pasaba, y poco a poco las estrellas iban desapareciendo de la cúpula celeste, dando paso a la incipiente luz del alba.

La niña había sido trasladada en helicóptero durante la noche al hospital de Albacete, aquella minúscula personita definitivamente estaba llena de vida, tenía fuerza y ganas de vivir, y aguantó un parto natural, dos horas de observación sin entubar y un viaje en helicóptero, en el cual sufrió una apnea que logró superar ella sola, algo realmente increíble ya que sus pulmones eran casi inexistentes.

Diego y Nuria estaban exhaustos, habían pasado los momentos más duros y críticos de su vida, aunque no eran conscientes de que no habían hecho nada más que empezar. Pero lo que importaba era que la niña estaba viva.

Sobre las siete de la mañana Diego llamó a la familia, transmitiéndoles la gran noticia, estaba emocionado, y deseaba hacer partícipe de su alegría a todos, por fin su sueño se había hecho realidad, ¡era padre!.

Todo estaba preparado para el traslado de Nuria al hospital de Albacete junto a su hija, algo que ansiaba con todas sus fuerzas, aunque primero debía recibir la visita del doctor para que este diera la orden de traslado, pero la sorpresa fue que tras ser examinada, el médico la vio en perfectas condiciones e indicó que sólo tendría que pasar una noche más en el hospital, y al día siguiente recibiría el alta médica, por ello el facultativo no vio necesario el traslado. Esta noticia fue un jarro de agua fría para Nuria, ella ya se había imaginado junto a su pequeña, contaba los minutos emocionada, y al oír la decisión del doctor enmudeció y su rostro tornó pálido, ¿cómo podía ser tan insensible?, para él no era nada un día, una noche, y parte del otro día, pero para Nuria suponía una eternidad... quería contemplar a su hija, estar junto a ella, protegerla, aunque confiaba que estaría en las mejores manos, pero no estaba junto a ella su madre. Pero la serenidad y paciencia que la caracterizaban aparecieron en su ayuda, calmándole el espíritu y ayudándole a aceptar este trago amargo.

Gloria no pudo aguantar más la emoción y dejó correr una tímida lágrima por su mejilla al ver la dura situación en la que se encontraba su compañera y la entereza con la que vivía.

Sobre la una del mediodía, hicieron aparición en la habitación 210 todos los abuelos y la tía materna de la recién nacida, que sin pretenderlo se habían dado un buen paseo, pues habiendo salido de Belmonte y estando ya en las puertas de Albacete recibieron la noticia de la suspensión del traslado de la madre, y sin los padres no tendrían permiso en Albacete para ver a la pequeña, por lo que tuvieron que poner rumbo a Cuenca, por lo que llegaron extenuados, pero era compensado con la inmensa alegría por el gran acontecimiento.

Encontraron a Nuria en buen estado físico a pesar de haber soportado un duro parto, y también con buen ánimo. Estuvieron acompañándola casi todo el día, hasta que M^a Cruz, la tía materna de la niña, volvió del hospital de Albacete, pues nada más llegar a Cuenca con los abuelos, tuvo que regresar acompañando a Diego a Albacete, pues debía llevarle a la niña un suero extraído del

cordón umbilical, el cual era vital para ella, y Diego no había dormido en toda la noche, y Nuria le pidió a su hermana que le acompañara para evitar que se durmiera al volante.

Cuando llegaron junto a la pequeña, fue un momento cargado de emociones y sensaciones, ante ellos se encontraba la pequeña incubadora, el habitáculo donde la niña pasaría mucho tiempo protegida del agresivo mundo exterior, ajena a lo que ocurría a su alrededor, tumbada boca arriba, desnudita completamente, pues no disponían de pañales tan pequeños, tendida en suave algodón, entubada y repleta de cables conectados a máquinas que avisaban constantemente de cualquier alteración física, apenas dejaban contemplarla en su totalidad.

M^a Cruz se emocionó y le fue imposible contener las tímidas lágrimas que tímidamente brotaron silenciosas de sus ojos absortos ante la pequeña M^a Gloria, tan pequeña que abultaba más el nombre que ella.

-¡Qué pequeñita!.- Exclamó M^a Cruz, y Diego la miró esbozando una leve sonrisa, se le podían ver los ojos vidriosos de la emoción.

-Buenas tardes.- Se les acercó un joven doctor muy amable.-
¿Son los padres de la pequeña?-. Continuó preguntando.

-Yo soy el padre, ella es mi cuñada, la madre está aún ingresada en el hospital de Cuenca.- Respondió Diego.

-Debo informarles, que la niña está en perfecto estado, teniendo en cuenta todo lo que ha sufrido... ya que ha soportado un parto natural, un traslado, añadido a lo gran prematura que es... A pesar de encontrarse bien, debo decirles que bebés tan prematuros como es este caso en el que ha llegado a 23 semanas y media de gestación, sobreviven muy pocos, las estadísticas apuntan un 20%, y si sobreviven cabe un alto riesgo que arrastre secuelas de por vida, no obstante haremos todo lo que esté en nuestras manos, pero siempre debemos tener muy presente que es un bebé muy prematuro.-Informó el doctor amablemente.

El doctor continuó hablando con Diego, mientras M^a Cruz contemplaba ensimismada a la pequeña, ajena a la conversación. Nunca había visto un bebé igual, tan desnudita, boca arriba, con la respiración acompasada, la cual se apreciaba al inflarse y desinflarse el abdomen con la inspiración-expiración, su piel casi

transparente y frágil dejaba ver todas las venas y arterias de su cuerpecito, las manos con unos deditos delgados en los que podía apreciarse las uñas en ciernes, de la cabecita el pelo luchaba contra el cuero cabelludo por salir al exterior, al igual que las pestañas de sus ojos, su pecho aun no estaba adornado por los tiernos pezoncitos, era liso completamente. En definitiva, era una pequeña vida que había iniciado el proceso del desarrollo por lo que sus formas y detalles aún no estaban definidos.

Después de un rato, tras la charla con el doctor, Diego se unió a la actividad contemplativa junto a su cuñada, en silencio, absorto en su dialogo interno, hasta que pasó la media hora reglamentaria de visita y tuvieron que abandonar la sala con el corazón encogido, pues allí se quedaba M^a Gloria, lejos de sus progenitores y seres queridos, aunque siempre les quedaba el consuelo y la seguridad que estaba en buenas manos y era lo mejor para ella. El equipo que la atendía estaba formado por enfermeras y enfermeros jóvenes al igual que los médicos, todos tenían un denominador común, la amabilidad y la entrega a esas pequeñas vidas humanas, a las que con tesón y cariño sacaban

adelante minuto a minuto, y gracias a ellos la pequeña M^a Gloria seguía con vida.

CAPITULO IV

Esa misma tarde, nada más salir de la UCI de Neonatos, Diego y su cuñada regresaron a Cuenca. Allí estaba Nuria y los abuelos de la pequeña criatura, ávidos de noticias por saber como se encontraba la recién nacida.

Durante el viaje de regreso a Cuenca rara vez se dirigieron la palabra, absortos en sus pensamientos y reflexiones a cerca de M^a Gloria, con rostros serios y preocupados. Era tan pequeña e inmadura la niña, solamente pesaba 500 gramos, ¿cómo podría sobrevivir?, sin duda sería un verdadero milagro.

-Es tan pequeñita.- Exclamó M^a Cruz con voz melancólica, pero lo peor es que no tiene los órganos vitales formados -.

-Sí, realmente es muy muy pequeña, es como la palma de mi mano, y los brazos son como mi dedo corazón, es...es increíble... pero gracias a Dios está sana.

-Si, además yo creo que son buenos médicos y enfermeras los que la atienden, está en sus manos... y en las de Dios.- Suspiró M^a Cruz.

El silencio volvió a adueñarse del interior del coche, y no volvieron a intercambiar ni una palabra el resto del viaje.

Cuando llegaron a la habitación 210 y en el momento que M^a Cruz asomó la nariz por la puerta, Nuria estalló en una batería de preguntas continuas.

-¿Cómo está?, ¿Está bien?, ¿Es muy pequeña?, ¿Qué te ha parecido?...-Estaba intranquila, inquieta, nerviosa, ansiosa por saber de su hijita a la que tenía tan lejos y que casi no pudo ver

-Tranquila, hermanita, tranquila... tu hija está muy bien, y sí, es muy, muy pequeña.- Indicándole con las manos el tamaño aproximado que tendría.- Pero lo importante es que está sana y es fuerte, además el médico ha dado esperanzas.- Continuó diciendo.

La tarde fue cayendo, y transcurrió en un ambiente extraño, se palpaba una rara sensación. Nuria había dado a luz y el bebé estaba a más de cien kilómetros de allí, le parecía haberlo soñado,

y que nada había ocurrido, pero simplemente era una incómoda percepción de la realidad.

Cuando empezó a oscurecer, toda la familia tomó camino de regreso a casa, y los abuelos sentían en su interior una curiosa emoción, porque eran abuelos pero no habían podido contemplar, besar ni mimar a la nietecita, y volvían a casa con una alegría contenida, por el miedo a que en cualquier momento ocurriera lo peor... Aunque la única que obtuvo recompensa en su viaje fue M^a Cruz, fue la única junto con Luis que la pudo ver, aunque sólo fuera a través de un frío cristal, pero le recompensaba el fatigado día en el que tuvo que recorrer 700 kilómetros.

Al día siguiente, el doctor le dio una gran noticia a Nuria, por fin recibía el alta médica liberándola de la ansiedad en la que se encontraba sumida, su pequeña hija estaba a cientos de kilómetros y deseaba ardientemente poder estar junto a ella. Rápidamente saltó de la cama, no había tiempo que perder, porque saliendo en esos momentos del hospital llegarían antes del mediodía junto a su bebé.

-Algo me dice en mi interior que M^a Gloria va a vivir, es fuerte, está sana...- dijo Nuria camino del Hospital de Albacete mostrando pleno convencimiento en sus palabras.

Diego asintió esbozando una leve sonrisa,- claro que sí, no lo dudes- afirmó.

El silencio volvió a adueñarse de ellos y los pensamientos se agolpaban sin cesar en sus mentes confundidas y nerviosas, pues la vida aparentemente tan simple, a veces se complica, y multitud de factores intervienen para que un minúsculo ser pueda venir al mundo y gozar, pues en todo momento la muerte acecha con su guadaña, siendo fiel compañera de la ansiada vida. La incertidumbre de cuando nos atacará la temida muerte azota insistentemente el alma, aunque la ignoramos para poder tener una vida plena, pero en ocasiones esa incertidumbre se hace más palpable ante determinados acontecimientos y aflora a la superficie del ser, esclavizando el espíritu a la ansiedad.

Por fin llegaron al Hospital, el eterno viaje de dos horas por fin había concluido, su pequeño retoño les esperaba. Inmediatamente se encontraron junto a ella, separados por un

insensible cristal. Las lágrimas de Nuria brotaron de sus ojos emocionados al ver el pequeño cuerpecito indefenso, ajeno a todo. Quería acunarla entre sus brazos, pero no era posible, pues era una criatura muy delicada, repleta de cables, conectada a aparatos, pues su vida pendía de un hilo y cualquier agente externo podría causarle la muerte.

Observaron a su alrededor, y vieron que en las incubadoras que había a ambos lados, a la derecha estaba la pequeña Aurora, y a la izquierda Paula, que en pocos días fue trasladada a la sala de neonatos, ocupando su lugar Unai, parecían enormes al lado de M^a Gloria, aunque solamente tenían un kilo de peso.

La UCI de neonatos era un lugar muy tranquilo, en silencio, las enfermeras y los médicos hablaban bajito, intentando no perturbar el sueño de las tiernas criaturitas, aunque de vez en cuando, era alterado por el impertinente pitido de alguno de los aparatos que marcaban los latidos del órgano vital, o de la respiración.

Los ojos de M^a Gloria no habían abierto aún, su cuerpecito permanecía inmóvil, y con tantos cables le era imposible girarse,

para ello estaban las abnegadas enfermeras que cada cierto tiempo le daban la vuelta. Ese día se encontraba boca arriba, pudiéndose apreciar el ritmo acompasado de su respiración, el pecho se inflaba y desinflaba, sus progenitores la observaban con ternura aferrados al cristal de la incubadora, intentando estar lo más próximos a su pequeña.

Al momento se acercó un joven doctor.

-Buenos días, -saludó amablemente- ¿son los padres de la pequeña, verdad?-.

-Si, si.- contestaron al unísono.

- Bien, -carraspeó- quería comentarles que tras las pruebas realizadas a la niña, debo decirles que se encuentra en perfecto estado, no obstante debemos ser cautos debido a lo pequeña que es, pues pertenece al grupo de los bebés prematuros calificados como “gran prematuros”, y cualquier contratiempo puede ser fatal. Si atendemos a la estadísticas, bebés nacidos con veintitrés semanas de gestación, logran sobrevivir alrededor del veinte por ciento. También sería conveniente darle leche materna, debido a

que tiene gran cantidad de nutrientes y sustancias que protegen al bebé de multitud de enfermedades, haciéndole más resistente.

-Pero tengo muy poca leche.- Contestó Nuria preocupada.

-Da igual, aunque solamente sea una gota, pero será una gota de vida para ella.- Se hizo un silencio. -Bueno, si tienen alguna duda o necesitan algo, no duden en pedirlo. Y ahora si me disculpan les tengo que dejar -.

Quedaron solos nuevamente junto al bebé, separados por el frío cristal, generando en Nuria un ansia contenida, no poder acariciar a su hija, era realmente una tortura para ella. Nuria la contemplaba en silencio, absorta en cada leve movimiento de ese ser tan frágil, tan inmaduro... y ¡con tantas ganas de vivir!

Una voz suave les anunció el fin de la media hora de visita, y debían salir de la sala, palabras que aunque eran emitidas con dulzura se clavaron en su alma como un puñal, debía abandonar a su hija, dejarla sola nuevamente..., sintió como si le arrebataran la vida en esos momentos, y de sus desconsolados ojos brotaron unas lágrimas. Le dio un beso a M^a Gloria a través del cristal, Luis la cogió de la mano y marcharon.

Esa noche, Nuria no logró conciliar el sueño pensando en su hija, pero debía sacrificarse si quería tenerla para siempre con ella, debería ser fuerte y paciente para superar esta dura prueba con la que le desafiaba el destino.

Se aferró a Dios, pues para ella sólo Él podría obrar el milagro.

A partir de ese día comenzó el duro peregrinar, todos los días deberían recorrer doscientos kilómetros para visitar a su retoño, y llevarle en una bolsita unos veinticinco centilitros de leche que Nuria lograba extraerse, pues la gestación del bebé estaba a mitad de su proceso, y la fisiología del cuerpo no se había preparado para amamantar a un recién nacido, y Nuria con esfuerzo y paciencia se sacaba el nacarado y escaso líquido puntualmente, cada tres horas, porque debía evitar a toda costa que la leche se le retirase.

Nuria y Diego iban a Albacete todos, todos, todos los días sin falta, a ver como estaba su bebé, alguna vez les acompañaba alguna de las abuelas de la pequeña o la tía, pero para que pudieran pasar a verla Diego debía sacrificarse ese día y no pasar

a la UCI, porque solo estaba permitida la visita a dos personas y al menos una de ellas debía ser un progenitor, aunque en alguna ocasión aprovechaban la distracción de las enfermeras y una vez que habían visto a la niña, salía uno y entraba Diego. Había tres turnos de visitas diariamente, de media hora cada turno, de las trece horas a las trece treinta, de las dieciocho a las dieciocho treinta y de las veintiuna a las veintiuna treinta, normalmente ellos iban en el turno de las dieciocho horas, a no ser que quisieran hablar con el médico, entonces debían ir al turno de las trece horas.

Nuria aprovechaba el viaje para rezar el rosario de la misericordia, y escuchaba misa en la capilla del hospital. Cuando la vida de un hijo corre verdadero peligro y no está en tus manos el poder salvarla porque has hecho todo lo que está a tu alcance, y ya no puedes hacer nada más, solamente resta esperar, siempre nos queda Dios, para un creyente es de vital importancia estar cerca de Él, porque es el aliento que le falta, es el apoyo en el que se sustenta, la serenidad que le calma...,

Todo transcurría con normalidad, con algún sobresalto que otro, algo normal dada la situación tan delicada, las apneas eran muy comunes, debido a que los prematuros tienen los pulmones inmaduros, por ello se les conecta a un aparato que avisa cuando deja de respirar, porque inmediatamente se le debe mover para que se le vuelva a activar la respiración, de lo contrario podría morir, a parte de entubarlos para aportarles oxígeno, el cual les acompaña durante bastante tiempo de las primeras etapas de su vida, también corría riesgo de sufrir infecciones en la sangre, infarto cerebral, rotavirus..., entre otras enfermedades. Por ello estos bebés tan prematuros necesitan unos cuidados excepcionales y exhaustivos.

En cuanto a la comida, los primeros meses, le daban por el ombligo un compuesto de glucosa simulando la alimentación que recibiría estando en el vientre materno, en donde el feto se alimenta por el ombligo a través del cordón umbilical.

Le hacían pruebas constantemente, del cerebro, de órganos internos, análisis de sangre..., era sorprendente que se le pudieran hacer a una personita tan delicada y pequeña, porque daba miedo

cogerla parecía que se podía romper, pero más sorprendente era poder sacarle sangre, pues su piel era muy, muy frágil, tanto que se transparentaban todas las venas y arterias de su diminuto cuerpo, toda ella estaba iniciando su maduración...

A los cinco días abrió los ojos, estaban hinchados y miraban con perplejidad su nuevo mundo, al que con tanta precipitación había llegado, y en muchas ocasiones lloraba sin sonido, pues no tenía desarrollados los pulmones, solamente gesticulaba pero nadie la oía.

CAPITULO V

A los doce días de estar en la incubadora la pequeña M^a Gloria llegó el primer gran susto, a la niña no se le cerraba el ductus arterioso, que es una válvula que tienen todos los bebés y se cierra nada más nacer, algo que no ocurrió con M^a Gloria, porque los bebés prematuros tienen muchas probabilidades de padecerlo y esta situación provoca un “cortocircuito” entre la circulación sistémica y la pulmonar, se mezcla la sangre oxigenada de la circulación sistémica con la sangre poco oxigenada de la arteria pulmonar, llegando al organismo sangre con menos oxígeno de lo normal.

Los médicos decidieron probar a corregir esa anomalía con un tratamiento durante tres días, si pasado ese plazo no mejoraba, indiscutiblemente el bebé debería ser operado.

Ese día Nuria no pudo parar de llorar, ¿cómo podrían operar del corazón a una niña tan pequeña?, pues sólo tenía quinientos

gramos de peso, además debería resistir un traslado en ambulancia hasta el Hospital de Murcia, pues en Albacete no disponían de los medios suficientes para llevar a cabo la complicada intervención quirúrgica. Le rogó y suplicó a Dios con todas sus fuerzas que obrara el milagro y respondiera al tratamiento, pero todo fue inútil pasaron los tres días y el ductus arterioso seguía igual, y no había tiempo que perder. Nuria y Diego estaban desesperados, angustiados..., otra dura prueba que pasar.

-¡Pobre hija mía!, lo qué está sufriendo nada más nacer, y lo que queda-. Exclamaba entre sollozos la desconsolada madre.

-Tranquila, es un niña fuerte, lo han dicho los médicos, saldrá adelante.- La consolaba Diego.

-Sí, es fuerte, pero todo tiene un límite, y esta operación es de alto riesgo, y ella es tan, tan, pequeña-.

-Ten fe, Nuria, ten fe-. Le susurraba Diego a la vez que le enjugaba las lágrimas.

Se preparó todo para trasladarla al Hospital de Murcia tal como estaba previsto, era un largo camino para el bebé, pero no

había otra solución, a las ocho de la mañana del día 10 de abril se procedió al traslado, y la acompañaban en la ambulancia dos médicos, Diego y Nuria la seguían con el coche en riguroso silencio, abstraídos en sus pensamientos, Nuria se concentró fervorosamente en sus rezos, algo tenía que hacer por su hija, y era lo único que estaba en sus manos, rezar y rezar.

Llegaron al Hospital en dos horas, mucho tiempo para la niña que llegó bastante débil, así se lo hizo saber uno de los doctores. Por qué una criatura tan desvalida, inocente..., debía sufrir tanto, no era justo, por qué, por qué, se preguntaba Nuria una y otra vez. Qué más retos debería superar, parecía que Dios quería medir la fuerza y resistencia de la pequeña, o la fe de los padres.

Diego y Nuria se encontraban solos en la sala de espera, solos ante la complicada situación en la que se encontraba su hijita que se debatía entre la vida y la muerte una vez más, pues desde el momento en que descubrió el nuevo mundo ha sido una lucha constante por sobrevivir, demostrando día a día las ganas que tiene de vivir, de disfrutar del regalo de ¡la vida!.

Eran las tres de la tarde cuando un médico joven, de tez rosada y pelo castaño, se le acercó a la pareja, la cual se levantó de un brinco, como se les hubieran pinchado en el trasero.

-¿Son los padres de la pequeña M^a Gloria?.

-Sí, sí- balbuceó Nuria

-Bien, vengo a comunicarles que mañana operaremos a su hija a las tres de la tarde, la niña ya se ha recuperado del viaje. Ahora deberán firmar estos documentos autorizando la operación, y en ellos se explica que no es complicada la intervención quirúrgica, pero de todos modos hay un alto riesgo dada la situación tan delicada de la niña y lo pequeña que es, ya que puede dañarse el pulmón, además de que la operación deberá ser realizada dentro de la incubadora.- Le pasó la mano por el hombro a Nuria, para tranquilizarla y mirándola a los ojos y con gran serenidad continuó diciéndoles. – No se preocupen la niña es fuerte, he leído todo el historial y yo que estoy continuamente en contacto con hospitales de Madrid, Barcelona, Houston... el caso de su pequeña es un caso espeluznante, porque cuando la trasladaban en helicóptero se recuperó ella sola de una apnea, y

eso es realmente increíble, es una niña muy fuerte, no tengan miedo haremos todo lo que esté en nuestras manos, confíen. Y ahora si me disculpan...- y se marchó.

Allí quedaron Diego y Nuria desolados, inquietos, sin saber qué hacer ni qué decir, el estómago se les encogió oprimiéndoles el abdomen sin piedad, un nudo en la garganta ahogaba a Nuria, la cual no podía articular palabra, se sentó en una silla de la sala de espera y rompió a llorar en silencio, no podía más... Diego se sentó a su lado y la abrazó sin decir nada, y la cuenta atrás comenzó.

Decidieron ir a comer algo, aunque su estómago estaba cerrado pero debían tomar algo, el día iba a ser largo. También tenían que ir a buscar un hotel para pasar la noche, y así lo hicieron.

Por fin amaneció, eran las ocho de la mañana, la larga y tediosa noche daba paso al nuevo día, no habían pegado ojo, y el lento paso de las horas era su único consuelo. Deseaban que pasara todo cuanto antes, pero también les daba miedo, ¿y si salía algo mal...?, pensar eso les agobiaba y les torturaba sigilosamente.

Poco a poco se acercaban las tres de la tarde, la hora en que operarían a la niña, se dirigieron al hospital, por fin había llegado el momento. Nuria, rosario en mano, rezó como nunca por su hija, abstraída en sus rezos pasó la interminable hora que duró la operación hasta que salió el doctor, el cual les dio la gran noticia:

- Todo ha salido bien, y la niña se encuentra en perfecto estado.

Los tensos y angustiados padres expulsaron el poco aliento que les quedaba para poder respirar tranquilos, se abrazaron fuertemente y Nuria rompió a llorar, la alegría brotaba por todos los poros de su piel, su hija seguía con ellos. Pero como siempre era una alegría contenida pues quedaba el postoperatorio, el regreso a Albacete, pequeños retos que aún debía seguir superando.

-¡Dios mío hasta cuando!- preguntaba Nuria en su diálogo interno.

Debía quedar en observación toda esa noche y al día siguiente volverían a trasladarla a Albacete, por lo que se dirigieron al hotel donde estaban hospedados, la tensión

acumulada les mermó sus fuerzas y les adentró en un extenuante cansancio, necesitaban dormir por lo que comieron un bocadillo rápido para cenar y se fueron a la cama, la oscuridad y el silencio les transportaron al mundo onírico.

Sin darse cuenta el cosquilleo producido por un tímido rayo de luz en sus párpados adormecidos les despertó, ya había amanecido, la primera noche de postoperatorio de la niña había sido superado sin novedad. Eso les levantó el ánimo, pues desde que comenzó a manchar Nuria hacía algo más de un mes su vida tranquila y sosegada se torno tensa e inquieta, iban de sobresalto en sobresalto, parecía que no iba a terminar nunca esa situación de ansiedad continua, de incertidumbre constante ante ese debate entre la vida y la muerte de su pequeña criatura.

Por qué tanto sufrimiento para un ser tan desvalido, inocente..., ya desde el vientre materno. Esa pregunta atormentaba a los sufridos padres que acompañaban sin queja alguna a la pequeña M^a Gloria en el duro periplo que la vida le había reservado, midiéndole sus fuerzas continuamente.

Por fin el doctor que había operado a M^a Gloria dio su conformidad para proceder al traslado de la pequeña nuevamente, pues se encontraba en perfecto estado, y al igual que en el anterior traslado en la ambulancia la acompañarían dos médicos, Diego y Nuria debían ir en su coche, por lo que llegaron a Albacete antes que la ambulancia y allí esperaban ansiosos la llegada de su hija.

Las dificultades que se le presentaban día tras día a su hija eran superadas con éxito gracias a los médicos y enfermeras que cuidaban de ella, cumpliendo excepcionalmente con su trabajo, atendiendo con empeño y dedicación a la pequeña criatura. Sin ellos, este pequeñito pero gran ser no habría sobrevivido. Hombres y mujeres que entregan su vida a estas frágiles e inmaduras criaturas con apenas un soplo de vida, para sacarlas adelante, y puedan disfrutar plenamente de la vida a la que han llegado algo precipitados, y careciendo de órganos vitales maduros que les permitan gritar a los cuatro vientos con sonido estridente su llegada triunfante a este nuevo mundo, pero no por ello dejan de ser seres humanos.

Por fin llegó la pequeña al Hospital de Albacete, venía cansada, su respiración se percibía rápida a través del cristal de la incubadora que le protegía. Nuria se abrazó a la incubadora emocionada, ¡su hija estaba viva!...

- Es una niña muy fuerte, y con muchas ganas de vivir- le afirmó uno de los médicos que acompañaron a la niña en el viaje de regreso.

Cómo podría tener esa fortaleza un ser tan pequeñito, se aferraba a la vida con uñas y dientes, realmente era algo sorprendente sin duda estaba destinada a ocupar un lugar en este mundo.

Mª Gloria fue devuelta a la UCI de Neonatos y desapareció tras la puerta que se cerraba bruscamente, no podría recibir visitas hasta el día siguiente, necesitaba descansar y muchos cuidados, cualquier imprevisto podría resultar fatídico.

Nuria y Diego también necesitaban descansar, habían sido tres días agotadores, donde la tensión y los nervios fueron sus fieles compañeros, aún quedaba mucho camino que recorrer, pero había sido superado uno de los obstáculos más complicados.

Regresaron a casa con la ilusión y el deseo de que algún día les acompañaría su hija envuelta entre sus brazos..., era el impulso que les animaba a levantarse por las mañanas, y afrontar el nuevo día, ¡M^a Gloria les esperaba...!.

CAPITULO VI

El día siguiente les deparaba una mala noticia, los abnegados papás ya estaban curtidos y endurecidos de alguna manera para aguantar los golpes de las duras noticias sobre su hija, era el pan de cada día, era lo más normal. Ese día decidieron ir a la visita de la mañana, para así poder hablar con el doctor.

- Ha surgido un pequeño contratiempo, y es que la niña no hace pipi- les dijo el doctor.

-¿Pero tendrá alguna solución?- replicó atorado Diego, y Nuria palideció ante la noticia.

-Si, si, le vamos a aplicar un tratamiento para que active la función renal, porque debido a la operación un riñón no le funciona bien.

La niña estaba hinchada como una bota, Nuria ya no tenía lágrimas en los ojos, estaban exprimidos como un limón. La mamá de Aurora la pequeña que estaba en la incubadora de la

derecha, la animaba porque ella también había pasado lo indecible, pues su niña nació con 24 semanas de gestación aunque por cesárea y no tuvo que soportar un parto natural ni un traslado de hospital, también había sufrido bastantes contratiempos, como derrames cerebrales, dos operaciones de intestinos..., por lo que le desapareció el ombligo y la madre decía resignada, “cuando sea mayor se puede hacer la cirugía estética y recuperarlo”, y otras cuantas operaciones más, vamos que la niña también quería vivir y luchaba como gato panza arriba. Aurora le llevaba tres meses a M^a Gloria y ya tenía más de un kilo de peso, y parecía gigante al lado de ella.

Por suerte a los dos días comenzó a hacer pis y se fue deshinchando hasta lograr un aspecto normal y saludable. En el lado izquierdo estaba Unai, había nacido con unas veintiséis semanas y era un niño grande si lo comparamos con las dos niñas, muy tranquilo y con bastantes complicaciones, los aparatos a los que estaba conectado pitaban constantemente, y al otro lado otro niño, Daniel. Realmente la UCI de neonatos es un lugar solitario, falto de sensibilidad y calor maternal, repleto de aparatos,

indicadores, cables... y diminutos bebés que se asoman por los pocos huecos que les dejan los tubos de oxígeno, el cable de alimentación, el controlador del pulso, el tubo del oxígeno que les impide moverse, por lo que las enfermeras son las encargadas de darles la vuelta cada cierto tiempo, como un filete a la plancha, vuelta y vuelta. ¡Qué distinta situación con los bebés que nacen a término!, que permanecen plácidamente en el vientre de su madre, flotando libremente y recibiendo alimento de todo tipo a través del cordón umbilical, acompañando a su mamá dentro de su acogedor habitáculo, creciendo, desarrollando su pequeño cuerpo en la más absoluta tranquilidad y placidez.

Pero gracias a los medios técnicos como las incubadoras, y distintos aparatos, muchos niños y niñas están entre nosotros, viven felizmente una vida plena, desafiando las leyes de la naturaleza y anulando pronósticos fatídicos de algunos especialistas, alcanzando la categoría calificada de “milagro”.

La niña poco a poco fue alcanzando los seiscientos gramos, entre continuas pruebas, apneas, algún que otro sobresalto, pero superándose día a día. Diego y Nuria no fallaban a la cita diaria

con su hija, dedicaban dos horas de viaje para estar tan sólo media junto a ella, sin poder tocarla, besarla, acurrucarla en su regazo y susurrarle al oído, pero para ellos era toda un recompensa y pasaban la media hora ensimismados observando a través del cristal cualquier movimiento de la pequeña, e intentaban captar su atención repitiendo su nombre, alguna vez giraba la diminuta cabecita, y Nuria se entusiasmaba, “¡me ha mirado Diego, me ha mirado!”, decía emocionada.

De la operación no hubo ningún contratiempo más, todo estaba en perfecto estado, y la pequeña “Mary Glori”; como la llamaban en el hospital, seguía su lento desarrollo.

Por fin consiguió que la báscula indicase un kilo de peso el día dieciséis del mes de mayo, había pasado un mes y medio desde su nacimiento, era todo un logro, parecía mentira. Toda la familia iba viviendo gramo a gramo con intensidad, y Nuria de vez en cuando daba la noticia, “ha engordado veinte gramos”, “esta semana ha hecho cuarenta gramos”, “ya ha conseguido los setecientos gramos”. Día a día era una lucha constante, una duda eterna, el peligro acechando incesantemente. Nuria vivía en

angustia permanente, pues deseaba que alguna vez los médicos le dijeran que todo iría bien que no se preocupase, pero nunca ocurría, los médicos siempre tenían ciertas reservas no podían asegurarle nada.

Uno de los días que visitó M^a Cruz a su sobrina, en el pasillo de espera, todo era un ir y venir de médicos, personas llorando, y la visita había sido suspendida, y tras unas disimuladas y escuetas indagaciones se supo que un bebé había sido ingresado en la UCI de neonatos por un ataque de meningitis, y estaba muy mal se debatía entre la vida y la muerte por lo que la madre no encontraba consuelo, los familiares que le acompañaban lo intentaban pero la cruda realidad que se le presentaba ante sus ojos le apretaba el corazón y le exprimía los ojos sin piedad. Al niño lo tenían aislado en un pequeño habitáculo con paredes de plástico que dejaban ver lo que ocurría dentro, estaba en un rincón de la UCI. Nuria se sobrecogió al enterarse de la noticia.

- ¡Y la niña está allí dentro, se podría contagiar! – exclamó preocupada.

- No creo que pase nada, los médicos saben lo que hacen-

la calmó su hermana.

- Eso espero, porque no faltaba nada más que eso pobrecita lo que va a sufrir- sollozó desconsolada.

El tiempo transcurría y nadie sabía nada sobre si podrían visitar a sus hijos o no, con seguridad que en el horario que pretendían pasar ya no era posible, por lo que deberían esperar al siguiente turno, aunque cabía la posibilidad que tampoco permitieran pasar a ver a los niños, pero recorrer la larga distancia que los separaba de su hija y regresar a casa sin ver a su pequeña otro día más, ni se le pasó por un solo momento por la inquieta y preocupada mente de Nuria, así que los tres esperaron otras dos horas más hasta el siguiente turno, además Diego no quería ver sufrir a su esposa y la complacía en todo y estaba siempre dispuesto a lo que su esposa dijese, sin una queja, sin un reproche.

Algunos días pasaron en uno de los turnos de visita y esperaron al otro; pues media hora al día se les hacía muy corto, y las enfermeras eran muy estrictas con los turnos de visitas, cuando transcurría la media hora justa se acercaban suavemente les tocaban con delicadeza en el hombro y susurraban “Disculpen

ya es la hora, deben abandonar la sala”, era la frase más temida y odiada por Nuria que aguantaba lo máximo posible hasta que le invitaban amablemente a salir fuera, incluso en ocasiones se hacía la despistada y al momento las enfermeras tenían que pedirle que saliera. Era horrible el sentimiento que le embargaba cuando llegaba la hora de separarse de su hija, ¡era su hija!, no quería hacerle daño, sólo estar junto a ella en silencio, contemplándola, acompañándola, deseaba que la reconociera, que su mamá estaba allí, y le decía “María Gloria soy mamá” insistentemente, tanto que Diego en algunas ocasiones le decía bromeando, “le vas a borrar el nombre”.

Era emocionante, encogía el corazón ver a los padres mirar y mirar a través del cristal de la incubadora a sus pequeñas criaturas, pronunciando sus nombres para intentar captar su atención, y reír cuando agitaban un diminuto bracito, o levantaban un minúsculo pie, se escuchaban comentarios del tipo: “mira, mira ha movido un pie”, “¡me ha mirado”, “ooh, está dormido”.

La mamá de Aurora, era una mujer joven y muy simpática, ya podía tener entre sus brazos a su pequeña, y se pasaba la media

hora besándola suavemente y la enseñaba a Nuria diciendo “mira que cosita más mona”, cosa que a M^a Cruz los días que fue le sorprendía, porque con tanto cable no se podían apreciar bien los rasgos de la cara de la niña, y en realidad no era ningún bebé guapo pues todos tienen las caritas un poco deformadas, por las gomas y tubos que oprimen sus cráneos y mofletes, además de estar un poco hinchados, pero la ternura que despiertan en los ojos sensibles que los contemplan les hacen parecer lo más bonito que hay sobre la tierra. Nuria le decía a su hermana, “es bonita la niña, ¿verdad?”, y M^a Cruz asentía con la cabeza, para que se quedara tranquila, pero en realidad su condición de tía le hacía ser más objetiva y veía a todos muy feos, eran un pedacito de carne con ojos, y un poco deformados por las condiciones en las que se encontraban.

Los bebés que nacen a término, disfrutan hasta el final de su desarrollo de la protección del vientre materno, siendo un proceso relajado pues están muy protegidos de la agresividad y crudeza del mundo exterior para el que aún no están preparados, con una alimentación rica y variada que reciben a través del lazo de unión

con su progenitora como es el cordón umbilical, y las mamás gozan llevando a sus retoños dentro de sus entrañas, sintiendo sus pataditas, sus movimientos... M^a Gloria por la fatalidad del destino debería soportar al menos cuatro meses dentro de una urna de cristal, que aunque se pretende conseguir que se asemeje al deleite con el que se vive en el vientre materno, es imposible.

Los días iban pasando lentos y pesados como losas de piedra, parecía no tener fin ese duro peregrinar, pero pacientemente y con entereza lo iban soportando viendo como la niña hacía peso, e iba madurando su cuerpo.

A M^a Gloria le esperaba un gran trabajo de superación porque lo que para otros niños sería normal y que conseguirían sin apenas esfuerzo como caminar, hablar, a ella le exigiría una invencible tenacidad, pero apuntaba maneras, tenía una fuerza capaz de vencer obstáculos que hubiesen amedrentado a un gladiador, además parecía estar protegida por un extraordinario e inigualable ángel de la guarda, que ponía de manifiesto el refrán que dice: “Dios da el mal y con él la medicina”.

Nuria todos los días se preguntaba, a quién se parecía la niña, pero no le encontraba parecido aunque su suegra la Sra. Amelia; una mujer de edad avanzada pero con muchas ganas de vivir la vida intensamente a pesar de su delicada salud, sí le encontraba parecido en toda la zona superior de la cara, y decía que era igual que la del padre, o sea su hijo. Pero ahí chocaba con la opinión de la Sra. Pepa, la madre de Nuria, que decía que era igual que su otra hija, es decir la tía de la pequeña. En definitiva ocurría lo de siempre que cada uno barre para casa, pero la verdad es que un bebé a quien realmente se parece es a otro bebé, al menos hasta que pasan unos meses en los que sus rasgos se van definiendo cada vez más. Encontrar el parecido es algo anecdótico, secundario, porque al final siempre se acaba diciendo: “da igual a quien se parezca, lo importante es que esté sano y se críe con salud”.

CAPITULO VII

Habían transcurrido cerca de dos meses desde que M^a Gloria nació, y pasaban los días y las noches dentro de su burbuja de cristal, entre algodones, cables, agujas y padeciendo las continuas revisiones, ¿cómo podría un ser tan minúsculo soportar tanto?. En uno de los controles le detectaron ciertas anomalías en los ojos, causa de la denominada *retinopatía del prematuro*, consistente en un trastorno de la vasculatura retiniana en desarrollo, que resulta de la progresión anormal de los vasos retinianos recién formados: en resumen, es un crecimiento anormal de los capilares del ojo.

Hasta ese momento nadie en la familia había oído hablar de esa enfermedad, y se asustaron al conocer el alcance de la misma ya que si está muy avanzada puede conducir a la ceguera, como le había ocurrido a Cristina una niña que fue gestada con un hermano gemelo, el cual murió, ella nació con veintiséis semanas y desgraciadamente sucumbió al mundo de las tinieblas. Para M^a

Gloria la única solución tal y como iba evolucionando la vista sería la intervención quirúrgica, si no experimentaba una regresión espontánea, pues en las primeras fases de la enfermedad, en el 90% de los casos suele ocurrir.

La intervención quirúrgica se realizó el día 20 de junio y fue bastante rápida, ya que se hizo con láser por lo que no se necesitó dar puntos; ya habían transcurrido unos dos meses y medio de su llegada al hospital. Pero el sufrimiento e intranquilidad de toda la familia era inevitable, aunque después de lo que llevaban pasado esto era un ligero tropezón, no obstante siempre hay un riesgo aunque sea mínimo y más en un bebé tan pequeño, porque cualquier mínimo error o cualquier contratiempo podría ser fatal, y eso inquietaba enormemente a los agónicos progenitores a los que ya se les había endurecido de tal forma el alma, que estaban preparados para cualquier reto que se presentase pero no por ello el sufrimiento era menor.

La operación fue un éxito y la niña se encontraba en perfecto estado, la ceguera ya no sería un peligro amenazante pero no la eximía de cualquier otro tipo de anomalías en el ojo, como

miopía, nistagmo, estrabismo, etc. Pero la vida de la pequeña prematura estaba predestinada a una constante lucha por la supervivencia y la superación. Diego y Nuria iban aceptando con el transcurso de los días esa tensa situación que les había tocado vivir gracias a la gran recompensa, la mejor, tener a su hija con ellos, poder verla, abrazarla, mimarla..., pensar en ello dibujaba en sus lánguidos rostros una dulce y tierna sonrisa, que les relajaba el espíritu y liberaba a su maltrecho corazón de la opresión al que estaba sometido.

Cuando un bebé nace antes de lo previsto, está poco preparado, es inmaduro, tanto a nivel orgánico como del Sistema Nervioso, y sus sistemas de adaptación no están en condiciones porque la función del tronco cerebral es incompleta. El desarrollo de sus órganos en ocasiones, como es el caso de los ojos es el más perjudicado y en grandes prematuros como era el caso de M^a Gloria la ceguera es una amenaza implacable.

Ese pensamiento angustiaba a Nuria, y se aferraba a su rosario rogándole a Dios que no castigase tan cruelmente a un ser

indefenso y débil al que aun no le había dado lugar a ofenderle, por qué ese ensañamiento con la criatura, no se merecía sufrir tanto. Pero en muchas ocasiones lo justo se desvanece y la injusticia vence la batalla, pero en un ser tan tierno y delicado que lo único que le ha dado lugar a conocer de este mundo es dolor, estrés, crudeza, lejanía del calor materno..., remueve el corazón más rudo e insensible.

Asomarte a una UCI de neonatos es adentrarte en la verdadera esencia de la lucha por la vida, la tenacidad latiendo constante en sus tiernos y casi inexistentes corazoncitos, las terribles ganas de vivir, es algo increíble en seres tan diminutos y tiernos como M^a Gloria con 23 semanas y media de gestación, nos dan una lección de lucha demostrando que en una criatura tan minúscula hay ganas de vivir.

Por suerte todo salió bien, y la niña superó otra dura prueba e iba madurando lentamente pero con paso firme, aunque Nuria tenía una punzante espina clavada porque aún no le permitían ni tan siquiera tocarla. “Por qué, si es mi hija” le decía a Diego, tan sólo quería acariciarla suavemente con un dedo, no le haría daño,

quería sentirla, transmitirle de alguna manera que su mamá estaba allí, que no se encontraba sola. En muchas ocasiones veía como las enfermeras introducían su mano en la incubadora y la cogían con una mano, pues no había cuerpo para dos manos, y le daban la vuelta o le cambiaban el minúsculo pañal y a ella se le encogía el alma porque no le estaba permitido. La desesperada mamá no entendía por qué aún no se lo permitían si incluso días antes de la operación de la vista, le habían cambiado la incubadora a otra menos sofisticada porque ya no necesitaba tantos tubos y cables, eso significaba que la niña estaba más preparada y fuerte, ¿por qué no le permitían tocarla?...

La pequeña Aurora por fin pasó a la sala de neonatos, dejando a M^a Gloria junto a Daniel y Unai, este fue empeorando su salud y trasladado al hospital de Valencia donde ocurrió el terrible desenlace, no pudo vencer a la muerte.

Llegó nuevo vecinito de M^a Gloria, Juan Nicolás, que junto a Daniel y M^a Gloria eran aguerridos luchadores que moraban en los pequeños habitáculos de cristal, ignorando la situación tan complicada que les había tocado vivir.

Es difícil imaginar por un momento, qué se les puede pasar por los exiguos cerebros que apenas han alcanzado a divisar una luz blanca en su más lejano horizonte, que es el techo de la incubadora, y lo único que han sentido es algún pinchazo en su cuerpecito, o la introducción de un fastidioso tubo por los orificios nasales, entre otras incomodidades. Porque esos seres diminutos sienten y piden, protestan, no había nada más que observar a M^a Gloria, en alguna ocasión lloraba pero nunca se le oía, simplemente hacía el gesto de llorar abriendo la boquita, encogiendo los ojitos, y manoteando, e intentando emitir el sonido apropiado por su garganta, pero sus inmaduros pulmones no se lo permitían.

-¡Mira, mira Diego lo que hace la niña!- dijo un día emocionada Nuria

-Parece que llora- contestó extrañado Diego.

-Efectivamente, está llorando- les aclaró una enfermera que se encontraba junto a ellos.- Además que M^a Gloria es muy arisca y cada vez que la cogemos llora-.

-¡Pobrecita, lo que debe estar sufriendo!-exclamó desconsolada Nuria- y lo peor de todo que como nadie la oye, no le hacen caso y se hartará a llorar y llorar...-terminó diciendo con un nudo que le encogía la garganta.

Diego y Nuria eran primerizos y todo era novedoso, y para más “inri” nació una criatura de lo más complicada.

La madre no tenía apenas leche porque cuando llegó el momento del parto ella estaba en el quinto mes de embarazo, y biológicamente no estaba preparada para amamantar un bebé, ni el bebé estaba preparado para mamar por lo que debían introducirle el alimento con un tubito que le llegaba al estómago, pues la coordinación del reflejo de succión y deglución no se produce hasta la semana 32 de gestación, por lo que los niños prematuros que nacen antes no tienen capacidad para alimentarse por sí mismos. Los bebés lo aprenden mientras crecen y maduran dentro del útero, pues es un reflejo vital para la supervivencia.

La pequeña comenzó con tomas de 20ml. cada 3 horas y aceptaba bien la ingesta, el estómago y el intestino digerían bien el alimento y por suerte hacía caca con normalidad, porque a la

pequeña Aurora tuvieron que operarla del estómago, pero M^a Gloria pudo ir engordando poquito a poquito alcanzando un peso de 1,760kg. el día 16 de junio, días antes de la operación de los ojos. ¡Era toda una proeza conseguir cien gramos!, Nuria hacía fuerza con toda su alma porque cuando consiguiera más de dos kilos posiblemente se la podrían llevar a casa. No había nada en el mundo en esos momentos que desearan con más pasión que poderse llevar a su niña con ellos a su hogar, a su cuna, poderla coger entre sus brazos, susurrarle canciones al oído..., en definitiva poder disfrutar de su bebé como todas las recientes mamas, y olvidarse del duro calvario que les había tocado vivir, pero aún les quedaba mucho camino que recorrer..., pues un bebé tan, tan prematuro con 23 semanas y media de gestación, debería estar muy controlado en su desarrollo hasta la adolescencia. Nuria por ello nunca se relajaba en las visitas al hospital, y le decía a su esposo “con qué nos sorprenderán hoy”, uno de esos días la pediatra les comentó que en una de las pruebas realizadas en el cerebro observaron que tenía un pequeño agujerito, pero que no tenía importancia puesto que estaba en una zona neutra y no le

afectaría para nada a la niña. Eso inquietó a Nuria enormemente, otro jarro de agua fría.

-No te preocupes, si no quería habértelo dicho, pero como profesional mi obligación es informaros a los padres de todo- les intentaba tranquilizar la pediatra.

A Nuria le comenzaron a brotar unas tímidas lágrimas de sus castigados ojos.

-¿No has oído a la doctora?, no tiene importancia- la animaba Luis.

-Os debo decir también, que por la evolución tan sorprendentemente buena que experimenta día a día “Mari Glori”, si hubiera que ponerle algún “pero” para un futuro, sería algo de hiperactividad, que en bebés tan prematuros es muy normal debido al stress al que están sometidos en sus primeros meses de vida- continuó informándoles la pediatra. Estas palabras sonaron en los oídos de los torturados padres como verdadera música celestial, porque por primera vez los médicos daban un pronóstico de lo más positivo y tranquilizador. Hasta ese momento no se

habían atrevido a pronosticar nada más allá del día en el que se encontraban.

CAPITULO VIII

Ya habían pasado 34 días de vida, y las apneas eran menos frecuentes por lo que ya no necesitaba estar entubada y procedieron a ponerle unas gafas nasales; no era otra cosa que una mascarilla de oxígeno, que le daba un aspecto futurista, parecía preparada para un posible ataque de armamento tóxico, la pobrecita debía aguantar día y noche con aquel armatoste sujetado a su cabeza menuda con una goma que le oprimía y le deformaba el gesto, además de ocupar prácticamente toda la carita que impedía apreciar su rostro. Verdaderamente esas pequeñas criaturas con cuerpecitos sin desarrollar, parecen seres que han venido de otra galaxia en una nave espacial, y se ven obligados a vivir en las burbujas de cristal, conectados a tantos aparatos, cables, gomas, tubos, agujas... para protegerse de las agresiones de este mundo, y las hacen irreconocibles.

Diego y Nuria siempre regresaban a casa abatidos, porque se dejaban muy lejos lo que más querían en este mundo, a su hija, pero con el consuelo que seguía viva y que al día siguiente volverían a verla. Uno de esos días Nuria llegó a casa con una expresión diferente, una expresión de calma, emoción, serenidad, los ojos le brillaban, parecía volar en una nube.

-Te noto emocionada, Nuria- dijo M^a Cruz que estaba esperándoles como la mayoría de los días - hay buenas noticias ¿verdad?.

-Si, buenísimas- respondió dando un intenso suspiro dejándose caer en la cama.

-Cuéntame hermanita, cuéntame- le imploró intrigada .

-Hoy..., por fin... ¡la he tocado!- exclamó Nuria en una explosión de júbilo,- ha sido emocionante, me temblaba todo, y con este dedo índice ¡la he tocado, la he tocado, la he sentido!...- gritaba exultante de alegría dando brincos por toda la habitación, parecía una quinceañera que había tocado a su cantante favorito.

-Cálmate y cuenta, quiero saberlo todo.

-Ha sido lo más bonito que me ha ocurrido nunca, un intenso escalofrío se ha apoderado de mi cuerpo al acariciarla con mi dedo, el bello se me ha erizado, mi corazón me latía a doscientas pulsaciones por minuto al sentir su delicada y suave piel, he sentido su fragilidad, su calor, el latir de su corazoncito, su vientre blandito subiendo y bajando al compás de su respiración. Al tocarla se ha asustado, pero muy pronto al notar mis caricias a la vez que le susurraba “no temas soy mamá”, he notado como se ha calmado. Hermana ha sido una experiencia inolvidable, he deseado poder cogerla y estrecharla entre mis brazos, besarla..., pero aún no me lo permiten. Pero estoy contenta ¡por fin la he tocado!

Se fundieron en un intenso abrazo las dos hermanas con tímidas lágrimas brotando de sus ojos. Esa alegría le daba fuerzas a Nuria para seguir adelante, era un soplo de aire fresco que animaba al espíritu triste y taciturno que se había apoderado de ella. Ese día toda la familia lo celebró porque era un claro indicativo de que todo iba bien, aunque siempre rondaba amenazante la incertidumbre, y el miedo ante la posibilidad de

contraer alguna enfermedad, pues aun carecía de un sistema inmunitario fuerte, pero ese día no importaba, era el día de ser optimistas.

A partir de ese día Diego y Nuria gozaban con la agradable sensación de poder acariciar a su hija, la sentían más cerca de ellos, y de alguna manera le transmitían su cariño, la niña iba sintiendo y conociendo a sus papás que por fin pudieron cruzar la barrera de frío cristal y alcanzar al ser que más querían en el mundo, su pequeño retoño. Las visitas al hospital cada día iban siendo más reconfortantes, el poder tocarla era como un premio a la fuerza, al tesón y a la lucha. Todo indicaba que muy pronto saldría de la UCI y pasaría a la sala de neonatos que era un paso más para conseguir la libertad, la salida de la urna protectora y su encuentro con el mundo exterior, un nuevo mundo para ella que la recibiría con los brazos abiertos.

M^a Gloria día a día ponía de manifiesto su fuerza, coraje y ganas de vivir, porque para un bebé con 23 semanas más 4 días de gestación y 560 gramos de peso, soportar un parto vaginal espontáneo, aguantar hasta pasadas siete horas de vida sin la

intubación nasotraqueal, traslado en helicóptero en el que sufrió una apnea de la que se recuperó ella sola, siendo posiblemente el bebé más pequeño que ha vivido esa experiencia, más un largo etcétera de avatares superados en su corta existencia, pueden elevar el caso a la categoría de milagro. No cabe duda que los chamanes modernos llevan a cabo verdaderas proezas, y rescatan vidas humanas al borde del abismo, pero hay casos que superan la línea de toda explicación científica, anulando fatídicos pronósticos.

El tierno angelito durante sus cuatro meses de estancia en su pequeño habitáculo, superó una operación del ductus con su correspondiente traslado en ambulancia a doscientos kilómetro de distancia, una insuficiencia renal aguda en el posoperatorio, crisis mioclónicas, picos febriles, hiperglucemia y una intervención ocular debido a una retinopatía, todo con la dificultad añadida de ser un gran prematuro, porque cualquier mínimo error podía significar una lesión irreversible o peor aún, la muerte de la pequeña.

La niña asimilaba bien los alimentos, recibiendo estos por sonda. El día 23 de junio M^a Gloria salió de la UCI tras 123 días de lucha y duro esfuerzo pasando a la sala de neonatos, una habitación enorme, llena de cunitas e incubadoras con pequeños y tiernos moradores. La pequeña aún continuaba dentro de su habitáculo de cristal pues debía seguir alimentándose vía parenteral, además que aún llevaba las gafas nasales que le insuflaban el oxígeno. Los médicos tomaban gran cantidad de precauciones porque cualquier mínimo fallo podría tener graves consecuencias.

Esta sala contaba con una pared prácticamente de cristal por donde los familiares podían ver a los pequeños. Era todo un espectáculo, a la hora de comenzar la visita una enfermera procedía a correr las cortinas, y daba comienzo la tierna función. Los padres de los niños hacían su entrada previo desinfectado de manos, alegres y orgullosos se dirigían a la cuna o incubadora correspondiente y pegados a los cristales observaban emocionados los familiares y amigos, haciéndoles gestos y muecas mientras reían y se divertían con las monerías de los

niños, “mira, mira como llora el pobrecito”, “oh, oh, se le abre la boquita”, “que lindo”, “se parece a su madre es clavadito a ella”, son los comentarios que fluyen constantemente, pero el momento más apoteósico es cuando algún padre se decide a acercarse al bebé a los cristales para que sus familiares lo vean más de cerca, entonces se aferran al cristal con fuerza como queriendo traspasarlo y parecen querer comérselo tanto por los gestos como por lo que emana de sus emocionadas bocas, cosas como “¡hay madre qué me lo como!”, “¡qué cosa más bonita!”. Pero a la media hora en punto la fastidiosa enfermera corre el telón y todos se despiden de esos bebés que permanecen ajenos a todo el cúmulo de gratas emociones que despiertan, volviendo todos con el corazón enternecido a sus casas comentando lo guapísimo que es su menudito familiar.

Los padres durante esa media hora pueden coger en brazos a su retoño, o darles el biberón a los que ya succionan. Luis y Esperanza se debían conformar con tocarla, acariciarla introduciendo una mano en la incubadora, porque aún pasaría algún tiempo hasta que le apareciera el instinto de succión, y

poder desprenderse de la fastidiosa sonda nasogástrica. Las abuelas y la tía, que eran las que siempre estaban dispuestas en cualquier momento para ir a verla pues los abuelos decían que cuando saliera del hospital ya la verían, se debían conformar con ver un pequeño bultito dentro de la incubadora moviéndose constantemente, pero no podían apreciar sus rasgos, sus gestos, no podían sentirla cerca como ellas querían. Pero se consolaban viendo que seguía allí con energía y fuerza, que estaba sana y muy pronto podrían tenerla junto a ellos en casa.

Era un día lluvioso, todo el cielo estaba encapotado y mostraba todas las tonalidades posibles del color gris, a pesar de ser uno de julio. Nuria como siempre guardó en la pequeña nevera portátil la poca leche que tenía congelada, tenía los ojos hinchados, esa noche no había dormido bien y el ánimo lo tenía en sintonía con el tiempo atmosférico que se mostraba amenazante y melancólico esa mañana. Sin cruzar apenas dos palabras Diego y Nuria partieron rumbo a Albacete como todos los días desde hacía ya tres meses, pero era un viaje con una grata

recompensa, estar junto a su hija, ver como engordaba día a día, como cambiaba su fisonomía, contemplar absortos cada movimiento, acariciarla, susurrar su nombre... era el mejor momento del día en el que desaparecía de sus rostros cualquier indicio de tristeza, cansancio, mal humor..., cuando los ojos de los abnegados padres divisaban el pequeño bultito inquieto dentro de la urna de cristal, sus rostros se tornaban tiernos, alegres, emocionados....

Ese día María la pediatra de M^a Gloria, una joven encantadora, que se dedicaba con empeño a su trabajo, pues día a día superaba difíciles retos sacando adelante a esas frágiles y delicadas criaturas, les dio una noticia fantástica, porque la niña había alcanzado por fin los dos kilogramos de peso, después de tres largos y sufridos meses M^a Gloria conseguía los dos kilos, algo que parecía imposible, era como escalar una gran montaña y por fin la pequeña había llegado prácticamente al pico más alto donde encontraba un refugio para coger fuerzas y continuar el camino que restaba para llegar a la cumbre. Nuria y Diego se miraron a los ojos sin decir nada, ambos se entendían y estaban

pletóricos de alegría. Unas tímidas lágrimas de emoción luchaban por escapar de los fatigados ojos de Nuria y el recuerdo de todos los momentos difíciles que habían vivido invadió su maltrecho espíritu. Recordó lo duro que fue conseguir el kilo de peso, el cual lo consiguió el día 15 de Mayo, cuando había transcurrido mes y medio desde su ajetreada y complicada llegada a su nueva vida, todo ello con los duros avatares del día a día. Pero por fin el agreste camino parecía tornarse más liviano, lo que les proporcionaba un halo de esperanza y relajación para su inquieto y maltrecho espíritu.

Ese día al regresar a casa, Pepa, fiel a su carácter servicial, agradecido, bondadoso y complaciente, tenía preparado un exquisito bizcocho, tierno y esponjoso pues tenía buena mano para la repostería y le daba a los dulces que preparaba un toque especial y único. Ese día quería celebrar esa pequeña pero gran noticia para la familia, porque M^a Gloria ya iba adquiriendo la apariencia y la fuerza de un bebé nacido a término.

CAPITULO IX

Su estancia en la sala de neonatos daba la oportunidad al resto de la familia a acompañar a los padres a ver a la pequeña criatura, porque aunque no podían pasar a la sala, la podían contemplar a través de la pared de cristal, lo cual les colmaba el vacío que experimentaban por la falta de la recién nacida, aunque la media hora de visita pasaba tan rápido que ni se enteraban, parecía que el reloj les quería gastar una broma pesada y corría más rápido de lo normal. Estaban tan a gusto que el tiempo parecía no existir hasta que la enfermera con una leve sonrisa como queriendo pedir perdón corría el telón, y desaparecía todo aquel tierno espectáculo que se representaba ante los hipnotizados ojos de los familiares.

Tras catorce días en la sala de neonatos, M^a Gloria por fin fue sacada de su protectora prisión, y fue depositada en una cuna, ¡sin cables ni tubos!, únicamente una gomita invadía su nariz para darle oxígeno, pues sus diminutos pulmones eran aún inmaduros y lo necesitaba como el pez necesita del agua. Cuando Nuria la

vio no se lo podía creer, su rostro dibujaba una emoción indescriptible y se abrazó con todas sus fuerzas a Diego, se acercaron lentamente a su pequeña y la acariciaron suavemente, ensimismados ante ese cuerpecito menudo que luchaba por ocupar un lugar en este mundo.

Ese día tenía un gran significado era como si realmente hubiera nacido, por fin salió de lo que quería asemejarse al vientre de su madre aunque en cuanto a placidez y tranquilidad se distanciaba mucho, fue como un segundo alumbramiento para la pequeña, significaba que ya estaba preparada para afrontar y superar las enfermedades que acechan expectantes el momento idóneo para el ataque, como el león acecha a su presa. Ya se le podía dar la bienvenida en toda regla.

A partir de ahí todo sería una sorpresa tras otra, porque a los dos días de estar en la cuna, llegó la hora de dar el biberón, por primera vez, a la madre primeriza e inexperta. Debería cogerla y acunarla entre sus brazos, acción que nunca había tenido oportunidad de hacer y menos con una criatura tan pequeña, y con una complicación añadida, los cables del oxígeno que se liaban a

las piernecitas de la niña, incluso la enfermera tuvo que indicarle la posición correcta para coger el biberón. Nada de todo eso suponía obstáculo alguno para la intrépida mamá, la cual tenía un gran deseo de poder experimentar esa agradable sensación que debía producirle poder amamantar a su retoño. La enfermera la ayudó para colocársela y allí se la dejó.

-Se tiene que tomar todo- Le dijo con autoridad la enfermera.

-Pues claro que sí, verdad hijita- contestó Nuria a la vez que le daba un dulce beso en la frente a M^a Gloria.

Luis observaba con los ojos cristalizados por las tímidas y entrañables lágrimas que los ahogaban, embelesado ante esa tierna y ansiada estampa.

La niña succionaba muy lentamente obligando a Nuria sacarle la tetina de la boca muy a menudo para que descansara, pues no aguantaba el esfuerzo agotador que suponía extraer el nacarado líquido tragarlo y respirar, todo ello debía realizarlo acompasadamente evitando posibles atragantamientos, los cuales se daban con frecuencia, lo que provocaba en Esperanza un

tremendo miedo y nerviosismo que le paralizaba el cuerpo y la mente y los latidos del corazón se aceleraban a un ritmo vertiginoso. Asustada, rápidamente llamaba a la enfermera para que las sacara de ese dramático momento. Nuria se encontraba más atareada dándole el biberón que un barrendero después de un botellón. Los cables del oxígeno enredándose por todos lados, un cuerpecito tan pequeño y delicado que parecía que se iba a desarmar en cualquier momento, pero que a su vez tenía coraje y peleaba como gato panza arriba para evitar que le introdujera la tetina en la boca, todo ello se traducía en un agradable y entrañable suplicio. La intrépida madre se dio cuenta que iba a necesitar recargar la batería de la paciencia la cual andaba un poco mermada tras la lucha incesante en la que hacía casi cuatro meses su destino la embarcó.

-M^a Gloria, hijita, come, come, debes comer por favor- le suplicaba susurrante a la pequeña.

-Tranquila, serénate, lo estás haciendo muy bien para ser tu primera vez, si no come ahora ya comerá no te preocupes, está en

buenas manos, los médicos sabrán lo que deben hacer.- Intentaba tranquilizarla Diego.

Ese primer día la suerte del novato le vino a visitar porque la niña se tomó todo el biberón, cuarenta y cinco mililitros concretamente. Fue uno de esos días inolvidables, de los más bonitos y emocionantes de la vida de Nuria, el cual se le gravó a fuego en lo más profundo de sus entrañas, por primera vez se sintió como una verdadera madre amamantando a su cachorro. Sintió tocar las nubes con la punta de sus dedos, y los gemidos y gruñidos que emitía su retoño le parecieron música celestial, por unos momentos no existía nada sobre la faz de la tierra, únicamente su adorada hija acurrucada en su regazo.

Regresó a casa sintiéndose la mujer más afortunada del mundo, flotando en una nube de algodón, recordando una y otra vez la reconfortante sensación que había experimentado. “Dios aprieta pero no ahoga”, le decía a Diego con una permanente sonrisa que parecía habérsela tatuado en sus labios para que jamás desapareciera de su rostro marcado por el sufrimiento. Suspiraba

como una quinceañera cuando sueña despierta con su atractivo ídolo. Se olvidó por completo de todos los duros obstáculos que habían ido superando, apneas, ductus, fiebres, insuficiencia renal, retinopatía, displaxia...y un sin fin de peligrosas infecciones y enfermedades que amenazaban constantemente a su pequeño vástago, que hacía que cada día fuera una insoportable batalla.

A partir de aquel maravilloso e inolvidable 16 de julio de 2008, Nuria disfrutaba de ese momento mágico, en el que brotaba de lo más hondo de sus entrañas el instinto aguerrido de madre y esa complicada labor se convertía en el momento más agradable del día.

Poco a poco se iba percibiendo que la pequeña M^a Gloria estaba preparada para abandonar su primer hogar, iba haciendo peso, las pruebas daban buenos resultados, se alimentaba sin necesidad de ayudarle con sonda..., aunque lo único preocupante era el oxígeno, que con seguridad tendrían que llevarse a la niña con él, algo que aterraba a Esperanza, le atormentaba la idea de que le fallase la máquina a la que estaba conectada y no supiera reaccionar causándole la muerte a su pequeña.

Una noche se despertó con lágrimas en los ojos y muy exaltada, una horrible pesadilla, se veía cantándole a su niña cuando estaba tumbada en su cunita, y se le dibujaba una simpática sonrisa en su rostro rosáceo, el cual de pronto se tornaba morado y la sonrisa se borraba de su cara, la máquina comenzaba a pitar y a pitar produciendo un ruido ensordecedor, penetrante, estridente, que le atronaba los oídos, ella enloquecía estaba aturdida sin saber que hacer, y despertó sudando, con el corazón acelerado y ahogándose. Cuando vio que todo era un horrible sueño intentó recuperar el sentido de la realidad, tenía una hija prematura que estaba durmiendo en el hospital protegida por unos médicos y enfermeras que velaban por ella como si les fuera la vida en ello, su hija estaba a salvo.

La incubadora, no deja de ser algo artificial por lo que el desarrollo del bebé ahí dentro difiere en gran medida del desarrollo natural que experimentan en el vientre materno, donde están protegidos de infecciones por las defensas de la madre, flotan a sus anchas permitiéndose plena movilidad para dar

vueltas, giros...permitiéndoles un desarrollo neuronal mucho más perfecto y avanzado, porque el bebé prematuro no tiene movilidad, está maniatado con tantos cables y le falta fuerza para girar sobre sí mismo, además de sufrir continuos pinchazos de agujas, introducción de cables, esparadrapos, vendajes, etc., todo ello hace que el desarrollo del cerebro sea más lento y la conexión de sus circuitos neuronales es más tardía, necesitando de grandes dosis de estimulación para que el niño abandone esa actitud pasiva y se active en él el movimiento tan necesario para su pleno desarrollo, además están sometidos a un estrés que en el futuro puede traducirse en hiperactividad. Por todo ello, no debe inducirnos a error la idea de que un bebé tan prematuro una vez superada la etapa de la incubadora, ya está preparado para afrontar la vida como un bebé nacido a término, en verdad va a necesitar de una gran dedicación por parte de padres y especialistas para lograr que ese niño llegue a una maduración correcta, por lo que es fundamental un tratamiento adecuado en los primeros tres años de vida, en los que el cerebro cuenta con una gran plasticidad y puede moldearse más fácilmente.

Los días transcurrían más relajados, aunque Nuria nunca bajó la guardia, y durante los diarios viajes a Albacete seguía rezando el rosario al Cristo de la Misericordia, también oía misa junto con su marido en la pequeña y silenciosa capilla del hospital, en la que pedía fervorosamente a Dios que protegiera a su hija de todo mal. Nurira siempre tuvo una gran fe, pero ésta complicada situación en la que se vio inmersa, alterando el paseo agradable y sosegado por el camino ancho y liso, sin piedras ni baches, que había sido el curso de su vida hasta el instante en el que un precipicio cortaba de un hachazo esa segura vía. Pero la vida emitía un haz de luz muy luminoso al otro lado del angosto túnel. Con todos los pronósticos en contra, Nuria tomó aquella decisión tan certera cuando la niña quebró la bolsa, algo en su interior le aseguraba que la niña viviría y debería seguir luchando por ella hasta el final, esa niña que con tanto amor y deseo había engendrado estaba destinada a vivir.

CAPITULO X

Las visitas al hospital ahora eran más emocionantes, porque podían coger entre sus brazos a su pequeña, darle el biberón, sentirla, abrazarla, besarla..., además de poder verla otros miembros de la familia, por lo que desde que pasó a la sala de neonatos la tía M^a Cruz y las abuelas no fallaban.

Dos días antes de recibir la niña el alta médica, fueron Pepa y M^a Cruz, allí estaban pegadas a los cristales como lapas pegadas a la roca, emocionadas, dispuestas a disfrutar del espectáculo en cuanto la enfermera se dignase a correr las opacas cortinas. Ese día la cuna se encontraba justo al lado de los cristales y la veían perfectamente, pero algo les preocupó, la cara de la pequeña estaba algo desfigurada, no era redonda era más bien alargada, era muy fea. En ese instante no se dijeron nada, pero una vez salieron a la calle mientras esperaban a los padres, M^a Cruz habló.

-Mamá, he visto rara a la niña- dijo preocupada.

-Y yo, tiene la cara deformada, está fea- aseguró Pepa.

-Seguramente que luego con el tiempo..., mejorará, porque Esperanza me dijo que todos los prematuros tienen las caras un poco deformadas por el efecto de las máscaras de oxígeno, cables que les oprimen las diminutas caritas, pero luego una vez que se las quitan, el cuerpo como está en pleno desarrollo se corrige -. Dijo M^a Cruz intentando suavizar el nudo que se le había hecho en el pecho, lo cual les dio a las dos un pequeño aliento de esperanza.

-De todos modos no le decimos nada a ellos, que bastante tienen -, ordenó tajantemente Pepa.

Ambas continuaron esperando a los padres en silencio, no sabían que decir, sus mentes reproducían una y otra vez la imagen de esa carita algo deformada en sus mentes, lo que les encogía el corazón, y luchaban por auto-convencerse de que con el tiempo cambiaría.

El día 30 de Julio de 2008, por fin ocurrió, por fin M^a Gloria salió del hospital, fue un día inolvidable, las enfermeras se despidieron de la pequeña Mary Glori emocionadas, la vistieron

con un bonito vestido rosa con el que parecía una princesa de cuento, le hicieron los agujeritos para los pendientes, no permitiendo lugar a la duda de que ese pequeño ser era una mujercita. La voz corrió entre todos los médicos y enfermeras como la pólvora que con tanto cariño y entrega la habían cuidado, todos, todos, todos, sin faltar uno se reunieron a despedir con enormes sonrisas invadiendo sus bocas, ojos colmados de tímidas lágrimas, gargantas con nudos en las cuerdas vocales que no les permitían hablar, y los agradecidos padres, sin palabras ante esas muestras de inmenso cariño con las que se podía apreciar las dimensiones de entrega y amor que el ser humano es capaz de mostrar con sus congéneres. Todos habían luchado por sacar esa pequeña criatura desvalida, delicada, inmadura..., con la muerte acechando incansable y amenazante sin dar tregua ni opción a un posible error. Pero este intenso momento cargado de sensaciones emotivas inexplicables, tampoco se habría producido si Mary Glori no hubiese estado dotada de una gran fortaleza y una salud ferrea.

Salieron del hospital emocionados, y de regreso a casa con la niña en brazos, sentían unas sensaciones agradables pero extrañas, sensaciones que jamás habían experimentado, estaban muy contentos pero a su vez les embargaba un intenso miedo, pues ahora les tocaba a ellos cuidarla, y no habría ningún médico ni enfermera a su lado para sacarles de cualquier posible contratiempo, se les presentaba un duro reto, sacar adelante a M^a Gloria, no obstante la alegría desbordante de haber salido del hospital, la emotiva despedida del personal sanitario, la idea de tener a su hija para siempre con ellos, eclipsaba cualquier otra sensación negativa que pudiera aflorar en sus corazones, era el momento de disfrutar, de sentir, de emocionarse...

Llegaron a casa a las tres de la tarde, hacía calor, mucho calor, allí estaban esperando impacientes los abuelos, la tía M^a Cruz y su marido, el tío Alberto su esposa y su hijo, en definitiva la esperaba toda la familia, ansiosos por ver a la niña que ya se había ganado un gran hueco en sus corazones. No la pudieron coger, ni besar, solo mirar breves instantes de uno en uno y dejarla descansar en su recién estrenada cunita, era preciosa, en

los dos días que habían pasado desde que Pepa y M^a Cruz la vieron en el hospital su rostro había cambiado mucho, ahora realmente era bonita, unas larguísimas pestañas negras que parecían no tener fin, unos ojos almendrados y vivos, una boquita pequeña de labios perfectos, las orejitas bien pegadas al cráneo y proporcionadas, lo único que no se podía apreciar bien era su nariz debido a los cables del oxígeno que penetraban por sus diminutos orificios nasales, mostraba en su piel un color rosáceo que le proporcionaba un aspecto saludable y alegre.

¡Por fin la niña estaba en casa!, ocupando su preciosa habitación, su bonita y acogedora cuna, en definitiva podía sentir al fin el calor del hogar y el amor de toda su familia. A partir de ese momento podría disfrutar del amor y ternura de una madre las veinticuatro horas del día, el aroma del verdadero hogar, el cariño de la familia, el contacto directo sin fríos e insensibles cristales de por medio. Ese día marcaba un enorme cambio en su breve pero intensa vida.

Los médicos les indicaron que no le convenía recibir visitas, pues aun era muy vulnerable a posibles enfermedades e

infecciones que le podrían contagiar, lo que sería fatídico para la niña. Los vecinos del pueblo fueron muy pero que muy prudentes, y reprimieron sus enormes deseos de ir a visitar a su recién llegada vecinita, a la que estaban ansiosos por conocer y de la que se sentían orgullosos, todos preguntaban por ella, los más fervorosos habían incluido a la pequeña en sus plegarias, como el Sr. Cura, y las monjitas que regentan el colegio M^a Inmaculada para niñas pobres y huérfanas. La Hermana María, una monja joven de ojos de un azul claro como el color del cielo, de rostro angelical, y eterna y amable sonrisa regentaba el colegio, estaba convencida de que la “medio kilo” –pues así la llamaba-, era un milagro de Dios, y cuando por fin pudo verla se puso como loca de contenta haciéndole monadas, dándole besos, su inquebrantable sonrisa se agrandó inmensamente más, y el azul de sus ojos se hizo más brillante...

M^a Gloria ajena a toda la revolución que había ocasionado, dormía y dormía como cualquier bebé, debiendo despertarla para tomarse el biberón, para bañarla, cambiarle el pañal. Nunca se la oía llorar pues sus pulmones aún muy inmaduros le impedían

emitir el estridente sonido que supone el llanto de un bebé, cuando ella lloraba se percibía como un ligero gruñido aunque la expresión de la cara era de verdadero llanto y se ponía roja como un semáforo por los esfuerzos.

Nuria no se separaba más de dos metros de la habitación de su pequeña, estaba en tensión constante, se sentía con una grandísima responsabilidad y no era para menos, pues tenía a su cargo una frágil personita la cual aún tenía los pulmones en proceso de maduración por lo que sus diminutas narices debían aguantar día y noche las fastidiosas gomas del oxígeno, las cuales recorrían ambos lados de su dulce rostro pegadas con esparadrapo a los tiernos mofletes que ella intentaba quitárselos en ocasiones con desesperación y con la torpeza característica de un bebé. Su piececito estaba enrollado con esparadrapo para sujetar el cable del aparato marcador de sus pulsaciones y el nivel de oxígeno, el cual no debía de bajar de 80, en ese caso pitaba de manera impertinente, repetitiva, impaciente..., alterando inmediatamente los maltrechos corazones de los padres que debían acudir inmediatamente para corregir cualquier imprevisto y lograr que la

niña se encontrara bien y la máquina se tranquilizase. M^a Gloria tenía su movilidad mermada a causa de tanto cable en cabeza y pies. Los primeros días el pitido insoportable de aquel aparato era casi continuo al igual que el sonido de las aceleradas pisadas de Nuria por el pasillo dirigiéndose a la cuna precipitadamente. Cuando la estresada madre acariciaba a la pequeña o aumentaba la dosis de oxígeno todo se calmaba volviendo al agradable silencio, roto tímidamente por el constante tic tac del reloj.

Era toda una hazaña lograr darle el biberón, primero debía cogerla sin liarse con tanto cable, una vez que conseguía la posición correcta debía conseguir introducirle la tetina, la niña para evitar que se la introdujeran doblaba la cabeza hacia atrás, parecía que se iba a tronchar el cuello de un momento a otro, y por último debía conseguir que succionara el nacarado líquido, pues no lograba hacerlo correctamente y el contenido del biberón bajaba muy lentamente por lo que para lograr que se tomara cuarenta y cinco mililitros tardaba media hora.

Cuando un hijo no come bien es algo que desespera enormemente a una madre, la cual se obsesiona intentando que

coma, comienza a ver al niño cada vez más delgado aunque en realidad no sea así, y cuando lo pesa y comprueba que ha perdido aunque solamente sean diez gramos, se siente fracasada, siente como si una losa de piedra le aplastase de golpe quedando reducida a la mínima expresión. Y eso ocurría con M^a Gloria, la niña nunca tenía apetito, por lo que conseguir que se tomara el biberón era todo un prodigio, pero lo peor de todo es que una vez que Nuria sonreía y la tensión iba desapareciendo tras haber conseguido darle el biberón, la pequeña vomitaba todo lo que se había tomado, algo que ocurría casi todos los días.

Cada día era todo un reto, había que obligarla a comer, insistir e insistir, poner empeño y armarse de paciencia, cruzando los dedos y rogando a Dios con todas las fuerzas para que no vomitase, y es que no quedaba otro remedio porque la pequeña era capaz de dejarse morir de inanición. Esta situación en realidad era algo comprensible pues la criatura tenía el aparato digestivo todavía inmaduro y no estaba preparada para admitir la cantidad de comida que le correspondía para su edad, a parte que le costaba mucho más que a cualquier bebé nacido a término porque se

agotaba, y se veía obligada a parar de vez en cuando para descansar.

Aunque Nuria inmersa en su obsesión de ver a la niña cada vez más delgada, el día 8 de Agosto, a los cuatro meses de vida, había conseguido alcanzar un peso nada despreciable, 3.600 Kilogramos, algo que le dio fuerzas para seguir adelante, todo el esfuerzo y la lucha no habían sido en vano y se sentía satisfecha como madre, no debía hacerlo tan mal cuando consiguió algo casi imposible, pensó para sus adentros una vez que vio la cantidad reflejada en la máquina de la farmacia.

Ver a un ser tan pequeño y tan desvalido, quieto en su cuna, durmiendo plácidamente con su delicada caja torácica subiendo y bajando acompasadamente, con unas finas gomas pegadas con esparadrapo a los mofletes, rodeada de cables y aparatos encogía el corazón.

M^a Cruz la veía tan pequeña y conectada a tanto cable que le daba miedo cogerla, pues en realidad no había cogido nunca a un bebé recién nacido, y reprimía sus enormes ganas de abrazarla y acurrucarla entre sus brazos y se consolaba pensando que ya

crecería y se liberaría de todas las ataduras a las que por desgracia debía estar ligada para sobrevivir, y entonces sí que podría estrecharla entre sus brazos y jugar con su valiente sobrina.

CAPITULO XI

Los días transcurrían lentamente pero felices, porque la niña evolucionaba bien, aunque su desarrollo siempre sería diferente al de un bebé nacido en su momento.

En esos primeros días en los que la pequeña llegó a casa hacía mucho calor, estaba siendo un verano tremendamente caluroso, pero ella no se quejaba aunque se la notaba húmeda por el sudor que emanaba por cada poro de su piel. Esperanza, preocupada no sabía que hacer, la niña era tan pequeña que posiblemente no estaba preparada para aguantar tanto calor, ya que en la incubadora siempre estaba a la misma temperatura, veinticuatro grados centígrados, pero no a cuarenta grados como era el caso. Se vieron obligados Diego y Nuria a trasladarse de cuarto a otro que parecía algo más fresco, todo por el bien de la pequeña. Aunque luego supieron por un amigo médico que los bebés están más preparados que los adultos para soportar el calor, lo que les tranquilizó enormemente.

Los primeros días cuando la bañaron era todo un espectáculo y un reto, las gomas del oxígeno se liaban por todos lados añadiendo una complicación más a unos padres novatos. En principio es complicado para unas manos inexpertas saber coger a un bebé recién nacido, ese cuerpecito tan diminuto y tan delicado al que la cabeza parece pesarle como una bola de plomo, por lo que si a ello le añadimos unas gomas en la nariz con el objetivo de liarse en brazos, manos y piernas...hacen del baño de la criatura una “misión imposible”

M^a Cruz ayudaba en ocasiones, cuando uno de los progenitores debía ausentarse, pero ella cumplía con la misión de enjabonar a la criatura, porque nueva en estas lides le daba pavor coger en brazos a su dulce sobrina, temía hacerle daño sin querer, y es que la situación se complicaba aún más en el baño, porque la niña se convertía en trucha, con el jabón se escurría y era complicadísimo sujetar a aquel pequeño ser inquieto y escurridizo, que chapoteaba con pies y manos intentando zafarse, por lo que la asustada tía temía se le cayera al agua y se ahogara,

así que la encargada de sujetarla era la aguerrida madre. Pero poco a poco esa ardua tarea se fue transformando en una sencilla rutina.

Con el paso de los días iban cogiendo seguridad y experiencia, y las complicadas tareas se convertían poco a poco en acciones cotidianas y simples. La niña iba evolucionando correctamente, aunque todo apuntaba que el oxígeno la iba a acompañar durante mucho tiempo, algo que al abuelo Silverio le ponía nervioso, ver a su queridísima nieta rodeada de tanto cable que le impedía la plena movilidad, oprimida y sujeta a la bombona que le suministraba vida, y su tierno y diminuto pie conectado a un sensor, impidiéndole a la niña moverse a sus anchas, y eso le perjudicaba, pues lo que necesita un bebé es movimiento para el desarrollo del cerebro, pues conecta las neuronas haciendo que el sistema neurológico evolucione correctamente. Esa posibilidad de movimiento de la que gozan los bebés, flotando en el líquido amniótico no lo había conocido M^a Gloria, pues un bebé tan pequeño no tiene la fuerza suficiente para girarse, voltear..., sin un líquido en el que flotar, eso produce

falta de movimiento y por ello la pequeña debería ser sometida a un programa de estimulación para provocar el movimiento en ella, captar su atención, pues se manifestaba como una niña ajena, ausente, miraba continuamente al techo con la mirada perdida, principalmente cuando se intentaba captar su atención y a menudo doblaba su cabecita hacia atrás como queriendo hacer el puente con su cuerpecito. Era una actitud que extrañaba a la familia, ¿por qué no fijaba la mirada en quien le hablaba...?, ¿por qué los ojos se movían indiscriminadamente hacia todos los lados?, ¿por qué arqueaba su cabeza hacia atrás?, por qué, por qué...

-No te preocupes, eso se le corregirá a la niña con el tiempo.- Decía el abuelo Silverio con total seguridad, haciendo alarde de su sexto sentido capaz de intuir y percibir en cierta manera el futuro.

-A lo mejor hay que operarla.- Musitaba Esperanza con el corazón encogido.- Pobrecita, lo que va a sufrir.

-Qué no, ya lo veras..., tranquila que la chica está bien pero tiene que ir madurándose poco a poco. –Intentaba tranquilizarla su padre.

M^a Gloria crecía lentamente, a un ritmo más lento que el de cualquier bebé nacido a término, algunos de sus órganos eran inmaduros como el aparato digestivo, y todos los días vomitaba lo que con gran paciencia tras una ingesta lenta y complicada, habían conseguido los sacrificados padres introducir en el cuerpecito de su hija. Era algo desesperante, pues se veían impotentes e incapaces de lograr que la pequeña retuviera más alimento, y la visita a la báscula de la farmacia era todo un drama para Esperanza, por el miedo que le dominaba ante la posibilidad de que el insensible aparato marcara un peso menor que la vez anterior. Si eso ocurría la moral de la sacrificada mamá se desplomaba como una losa en el vacío, pero por suerte ocurría pocas veces.

Los días iban pasando lentos, muy lentos..., porque los cambios en la pequeña eran bastante imperceptibles, al contrario de lo que ocurre con los bebés nacidos a término, que pasas dos días sin verlos y no los reconoces, pero en el caso de M^a Gloria no era así, ya llevaba fuera del acogedor seno materno un año y la

niña ni andaba ni hacia intentos por decir alguna palabra, aunque el sonido del llanto ya era fuerte y sonoro, algo que reconfortaba a la familia pues era indicio de que los pulmones iban por buen camino, tampoco fijaba completamente la mirada en quien le hablaba desviándola al techo ante cualquier sonido, o la luz emitida por la lámpara.

Cuando cumplió un año, Nuria decidió bautizarla, fue la noche de Sábado de Gloria, porque fue cuando nació y por ello le puso el nombre de Gloria. Esa noche la acompañaron los familiares, padres, abuelos, tíos y su primo. Fue bautizada junto a otro niño, Darío fue el nombre elegido para el pequeño. La iglesia se llenó de gente, para participar de la celebración anual del Sábado de Gloria, día en que la liturgia cambia y en el silencio y las tinieblas de la noche, las imágenes sagradas acechan entre las sombras de la luz emitida por unas cuantas bombillas, incrustadas en enormes lámparas de forja que cuelgan de los altos techos, impávidas e inertes, aportando a la enorme y lúgubre estancia suntuosidad y magnificencia.

En la entrada del templo se enciende una hoguera de cuyo fuego se prende la mecha del cirio pascual, el cual es bendecido en ese acto, y desde ese momento el enorme tronco de cera con los clavos del Señor hincados en él, y gravado Alfa y Omega, presidirá las misas hasta el día de la Ascensión del Señor. Todos los allí congregados encendieron sus velas con la llama del cirio, y en procesión con cánticos solemnes fueron adentrándose en el oscuro templo, y como sombras fantasmales se acoplaban en sus bancos, volviéndose a encender la luz de las bombillas para dar comienzo a la liturgia.

En esa noche de luces y sombras, de largas y numerosas lecturas de pasajes del antiguo testamento..., entró a formar parte de la iglesia, en el momento inolvidable en el que Don José Luis, el párroco, derramó el agua bendita sobre su cabecita, lo cual le provocó un ligero respingo, ante la sorpresa, pero nada más, ni una lágrima, ni un puchero...

No hubo celebraciones, no hubo nada..., solo la alegría contenida en nuestros corazones, la emoción de tener junto a

nosotros a ese pequeño ser que desde el momento en que se separó del seno materno había superado múltiples y terribles dificultades, era una luchadora, era el ejemplo vivo de supervivencia. ¿Qué le tendría guardado el Señor?. Todos esos sentimientos y emociones suplían con creces cualquier celebración.

Era muy tarde, los relojes marcaban las doce de la noche, y la niña había estado desconcertada, agotada, sus ojos se mostraban más inquietos que nunca, su nistagmo había aflorado con rabia ante tanta excitación y cambio de horario, ante tanto ajetreo ella totalmente espabilada, refugiada en su capazo, como animalillo asustado, temeroso... ante esa desconcertante situación.

Todos se despidieron de ella, entre mimos, risas y carantoñas y ella quedó tumbada en su cuna, otra noche más, ajena a lo que suponía para su vida espiritual los acontecimientos de esa noche. Pero la vida seguiría, y continuaba la lucha, pues a la pequeña le quedaba un duro camino por recorrer aún, al igual que a sus padres.

CAPITULO XII

Ya había pasado más de un año desde su nacimiento, y la pequeña M^a Gloria seguía sin probar nada sólido, ni un trocito de pan, pero lo peor eran los vómitos diarios, era algo traumático, todos sufrían y se les encogía el corazón al ver como la criatura una vez terminaba de comer, se le ponía la cara de color blanco como el mármol, tosía y ya no paraba, todo salía fuera, había que cargarse de paciencia y volver a darle de comer.

No gateaba, ni hacía muestras de querer andar, lo que sí hacía era reptar como un soldado, y por suerte así se podía desplazar.

Aunque ya no necesitaba el oxígeno, Nuria continuaba poniéndole el medidor de oxígeno en sangre todas las noches, por si le daba una apnea durante la noche y se ahogaba. Ese miedo le duró mucho pero que mucho tiempo, a pesar de comprobar que respiraba bien, y todas las pruebas médicas eran favorables.

Maduraba lentamente, y poco a poco iba abandonando la eterna condición de bebé, y por fin con 18 meses comenzó a dar sus primeros pasitos, torpes y rápidos. Y hasta los dos años no

dijo sus primeras palabras, a M^a Cruz le encantaba oírle decir tía, porque alargaba la i, y decía tíiiiiia.

Su vida comenzaría a ser un cúmulo de tareas y ejercicios mandados por el centro neurológico al que acudía, un centro especializado en conexiones neuronales en niños. Estos ejercicios consistían en manteos, volteretas, croquetas, gatear, reptar, ejercicios con luces de colores..., así todos los días del año sin descanso y repetidas veces. Al principio toda la familia era escéptica en este sistema, pero tiene su lógica, pues en el movimiento está el desarrollo del sistema nervioso del niño, que es cuando se van formando las conexiones neuronales, por eso los niños se mueven tanto porque necesita moverse para su pleno desarrollo.

Los progresos en la niña eran lentos, pero poco a poco fue demostrando que estaba dotada de una gran memoria y buena comprensión.

Un día el abuelo Silverio cogió un hoja con animales dibujados, había pájaros y animales salvajes como el Tamanduá,

la Zarigüeya..., con nombres muy poco comunes. El abuelo se entretuvo en ir enseñándole uno por uno, y cuál fue su sorpresa que a la segunda vez, él decía el nombre y ella con su dedito lo señalaba, fue algo sorprendente, porque la hoja era muy grande y estaba repleta de animales, todos mezclados y confusos, por lo que era muy fácil equivocarse, pero ella no fallaba ni uno.

En cuanto a las habilidades motoras, eran torpes, le faltaba equilibrio, parecía que iba borracha cuando andaba sola, se mostraba muy insegura y buscaba una mano para agarrarse, era algo extraño, se preguntaban por qué andaría así..., y la respuesta a esa pregunta era el nistagmo que padecía, que le provocaba ver doble, además de las muchas dioptrías que tenía, por lo que desde bien pequeña, con apenas 2 años, la pobrecita tuvo que llevar gafas. Cuando se las puso por primera vez, ocurrió algo que dejó marcada a M^a Cruz, cuando una día tomando la merienda, estaba junto a ella, y la niña se le quedó mirando a la cara fijamente, y de pronto dice la niña, -tienes una cabeza-, y la tía sorprendida le preguntó, -¿Cuántas tenía antes?, y la niña contestó, -dos-,

señalando con su dedito el lugar donde según ella tenía las dos cabezas, antes de ponerse gafas.

Esto hizo brotar de los ojos de M^a Cruz unas tímidas lágrimas de emoción y tristeza, pues se dio cuenta que la pobrecita hasta entonces había estado viendo doble, por eso esa torpeza al caminar, no encajaba las piezas de esos sencillos puzzles de niños de 2 años, llegando a desistir en el intento, no miraba a los ojos....

La niña ha ido igualándose a los niños de su edad que nacieron a término, gracias a la lucha constante de unos padres entregados, que han trabajado día tras día sin descanso, haciéndole multitud de ejercicios variados y llevándola a centros especializados.

Hoy tiene 8 años y está perfectamente, continúa con las visitas periódicas a médicos especialistas como neurólogo, neumólogo, optometrista, oftalmólogo, del digestivo...

Ha sido un camino duro y sacrificado, tanto para ella como para sus padres, ha tenido que trabajar duro para poder igualarse a niños de su edad, pues todo han sido retos y continua superación

con esfuerzo y empeño, porque la falta de movimiento en sus primeros meses de vida, el gran nistagmo que padecía restándole visión y dándole torpeza para andar, correr, botar una pelota, montar en bici..., no ha hecho otra cosa que complicarle el desarrollo, y convirtiéndole cada actividad en un reto muy difícil de superar. Ha conseguido correr coordinando brazos y piernas, botar la pelota hasta más de cien veces seguidas, pero montar en bici...aún no lo ha conseguido, porque como dice ella, - ¡Uy, uy esto es muy peligroso para mí!-.

Poco a poco la pequeña y luchadora M^a Gloria se ha convertido en una niña muy muy cariñosa, activa, inquieta, inteligente e imaginativa, tiene gran curiosidad por todo, le apasionan los castillos de la edad media y la lucha con espadas, es extrovertida, dicharachera, luchadora, valiente, dotada de una gran bondad e inocencia, en definitiva es ...“el pequeño-gran milagro”.